



BOLETÍN DEL OBISPADO DE TUI-VIGO

AÑO 151
Nº 2.739
MAYO-JUNIO DE 2009

IGLESIA DE TUI-VIGO

Del Sr. Obispo

I ASAMBLEA DIOCESANA DE AGENTES DE PASTORAL

Con el ánimo de retomar en la pastoral diocesana “el aliento sinodal” y dar nuevos impulsos a la vida pastoral de las parroquias, el Señor Obispo convocó a los agentes de pastoral (aquellas personas que están más implicadas en el quehacer ordinario de la vida eclesial) a una Asamblea Diocesana. Tuvo lugar el pasado 9 de mayo, sábado, en los locales del colegio S. José de Cluny de 10 a 13’30 horas de la mañana con una asistencia superior a las seiscientas personas.

En su carta de convocatoria, decía Mons. Diéguez: ***“ quiero convocar a todas las personas que colaboran en las distintas actividades parroquiales y zonales: catequistas, miembros de grupos de liturgia, de acción caritativo-social, de pastoral de la salud, de consejos parroquiales... Invito también a quienes forman parte de los movimientos y asociaciones apostólicas, así como a los grupos de espiritualidad y de formación. Y, por supuesto, a los sacerdotes y personas de vida consagrada”***

grada". El objetivo también lo definía el señor Obispo: ***“pretendemos que sea un encuentro familiar para convivir; sentímos Iglesia diocesana, reflexionar juntos y pedir al Señor que nos fortalezca con su Espíritu para seguir construyendo el Reino...”***



Como estaba previsto se consiguió, gracias a Dios que, en la presencia y presidencia del Señor Obispo, viviéramos unas horas de convivencia fraterna, intercambiando experiencias

positivas de la puesta en práctica de las principales decisiones del pasado Sínodo diocesano. Y también quedaron proyectadas en el ambiente algunas posibilidades y urgencias pastorales de futuro.

PARTICIPACIÓN Y CORRESPONSABILIDAD

La Comisión preparatoria había decidido centrar la primera Asamblea de Agentes de pastoral en el tema de la participación y de la corresponsabilidad, siguiendo los cuatro documentos sinodales. Por eso pareció oportuno que hubiese un testimonio por cada una de aquellas dimensiones en las que suelen contemplarse las actividades eclesiales :

Palabra: *“Iglesia, hogar de la fe”* (un catequista)

Liturgia: *“La Iglesia celebra su fe”* (alguien de un equipo de liturgia)

Comunión: *“La Iglesia, comunidad viva”* (un representante de un Consejo de Pastoral Parroquial, además de una experiencia de corresponsabilidad interparroquial)

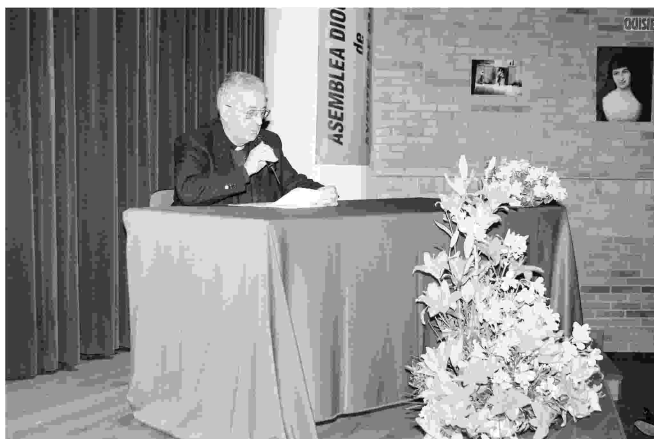


Acción caritativo-social: *“La Iglesia, fermento de amor”* (un miembro de Cáritas parroquial)

La finalidad de estos testimonios era “mostrar cómo desde la corresponsabilidad se construye la comunidad cristiana; situarnos en nuestra realidad concreta; enriquecernos con experiencias compartidas y animarnos mutuamente en esta tarea eclesial”, tal y como lo expuso en la reunión de la Comisión preparatoria de la Asamblea el Vicario de Pastoral, D. Juan Andión.

PALABRAS DEL SEÑOR OBISPO

Mientras se fue formando la Asamblea, se proyectaron en la pantalla imágenes referidas a distintos momentos del proceso sinodal, y poco después de las 10,30 de la mañana y tras una breve oración, se pasó a hacer la presentación de los componentes de la Asamblea. D. Juan Andión lo evocaba así: “os que estamos aquí formamos parte desta Igrexa diocesana de Tui-Vigo. Vimos dende as distintas realidades e situacións que a configuran... representamos a parroquias, zonas, arciprestados... estamos integrados en grupos, comunidades, movimientos, delegacións... e somos sacerdotes, membros de vida consagrada,



segrares...” En tanto se iban presentando los componentes de la asamblea, un representante de cada sector o función, descubriría parcialmente la figura de Cristo resucitado, como signo del Cuerpo de Cristo que todos formamos como

miembros suyos que somos.

A continuación Mons. Diéguez dijo:

De nuevo venimos esta mañana a este lugar de tantos y tan gratos recuerdos para todos nosotros: Aquí encontramos una Comunidad de Religiosas que nos abrió con gozo las puertas de su casa y todo lo puso a nuestro servicio. Los grandes o pequeños trastornos ocasionados con nuestra presencia, supieron convertirlos en dones que aumentaban su felicidad, dispuestas siempre a mostrar su agradecimiento con una sonrisa, que se convertía en un servicio esmerado y gozoso. Gracias, querida comunidad de Cluny, por tanto bien. Que Dios os lo pague como Él sabe y quiere hacerlo.

Aquí estamos en este amplio y hermoso salón, que fue testigo silencioso, hace más de tres años, de las oraciones, cantos y reflexiones de los sinodales del XVI Sínodo Diocesano de Tui-Vigo.

Los que formamos parte de estas asambleas sinodales hemos puesto en común nuestras preocupaciones, anhelos y esperanzas para que esta Iglesia Particular de Tui-Vigo llegue a ser imagen más perfecta de su Padre y Pastor, Cristo-Jesús.

Aquí hemos escuchado la voz del Espíritu y, dejándonos llevar por su fuerza y guiándonos por su luz, hemos formulado 146 propuestas, que son otras tantas respuestas a la problemática que vive esta Comunidad diocesana.



Fue fácil llegar a un consenso, si no total, si muy mayoritario, porque sentimos que el Señor estaba con nosotros y nos invitaba a la comunión.

Recordando todo lo que aquí vieron nuestros ojos, escucharon nuestros oídos, tocaron nuestras manos, dijeron y cantaron nuestras lenguas, sentimos que el gozo y la esperanza inunda nuestros corazones en esta mañana del tiempo pascual; todo nos lleva a repetir con uno de los himnos de las Laudes:

“Cristo (Jesús)...
La mañana celebra
tu resurrección y se alegra
con claridad de Pascua
se levanta la tierra
como un joven discípulo en tu busca
sabiendo que el sepulcro está vacío.
En la clara mañana,
tu sagrada luz se difunde
como una gracia nueva.



Es el 18 de marzo del 2006, cuando nuestro Sinodo alcanzaba –digámoslo en lenguaje matemático– un maximal. El fuerte viento y la abundante lluvia de aquel día nos hablaban de la fuerza del Espíritu que dominaba en nuestra asamblea sinodal y de los abundantes dones que el Señor derramaba sobre nosotros.

El Santo Padre se hizo presente entre nosotros con su palabra, alentándonos “a poner en práctica con generosidad lo que el Espíritu (nos)... (había) inspirado durante el desarrollo de los trabajos sinodales, para dar nuevo vigor a (esta)... comunidad eclesial gallega”.

Bajo la presidencia de nuestro querido “Santísimo Cristo de la Victoria” y la mirada atenta y cariñosa de “Nuestra Señora la Virgen de la Franqueira”, hemos dado gracias a Dios y renovado nuestro compromiso de “abandonar el conformismo y la rutina para vivir” la fidelidad al Evangelio, robustecer la comunión y la fraternidad, afianzar la fe, avivar la esperanza y crecer día a día en la caridad”. Decíamos aquel día: “Gracias al Espíritu, hemos unido esfuerzos, sembrado esperanzas y formulado propuestas para que nuestra Iglesia particular se centre cada vez más “en Cristo-Jesús al que hemos de conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria y transformar la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celestial”.

Las 146 Constituciones sinodales, decíamos aquel día, “son para todos

nosotros camino obligado a seguir en los próximos años”. Sentíamos que aquel día el Señor nos decía, y sigue diciéndonos, “Rema mar adentro”... deja que el viento del espíritu empuje las velas de esta navicilla. No temas, yo estoy contigo”. Con la ayuda del Santísimo Cristo de la Victoria, bajo la mirada cariñosa de Nuestra Señora de la Franqueira y la protección de San Telmo comenzábamos aquel día el largo camino de llevar a la práctica los buenos propósitos hasta ese momento formulados. Os decía: “Obispo, sacerdotes, diáconos, consagrados y laicos emprendemos, (hoy) la nueva andadura de nuestra Iglesia diocesana para hacer realidad en ella lo que este Sínodo nos indica en sus 146 Constituciones”.

Terminábamos nuestra celebración de clausura del Sínodo con este solemne compromiso: “Las propuestas surgidas del Sínodo serán ahora carta de navegación de nuestra acción pastoral... Invitamos a todos a colaborar... transformando en vida estos deseos y siendo cada uno luz y sal en esta tierra y en nuestros tiempos”.

Porque queremos ser fieles a este compromiso, aquí estamos esta mañana. Gracias por haber venido. El Señor está con nosotros y nos ayudará. Amén.

TRABAJO POST-SINODAL

El Pro-Vicario de Pastoral, D. José Vidal, proyectó y fue glosando un power que recordó a los presentes las distintas actividades llevadas a cabo en la Diócesis desde la clausura del XVI Sínodo diocesano: la presentación de las constituciones sinodales ante los organismos diocesanos, en las parroquias y zonas; la elección de las constituciones prioritarias para la acción pastoral inmediata; la puesta en marcha del proceso de elaboración participativa del Plan Pastoral para el trienio 2007-2010 y sus consiguientes etapas de redacción, aprobación, y presentación a los agentes de pastoral, así como la divulgación de los objetivos pastorales de cada año. Se refirió también a la programación anual de las Delegaciones; a la puesta en marcha del organismo diocesano para la formación de los agentes de pastoral (Const. 27) y a las Orientaciones diocesanas de Pastoral Familiar (Const. 1), que son ya realidades prácticas. Concluyó su intervención refiriéndose al proceso de elaboración del Directorio de la Iniciación Cristiana, prácticamente elaborado, y solicitó la cooperación de todos para elaborar nuevos planes pastorales de futuro, reflexionando sobre las constituciones sinodales a la luz de nuestra situación actual.

PANEL DE TESTIMONIOS



Se había programado que varias personas diesen un breve testimonio ofreciendo así un panel de distintas realidades de corresponsabilidad en parroquias y zonas. Así intervinieron una representante del Consejo de Pastoral parroquial de los Carmelitas de Vigo (Angela Rosa Romero); una catequista de la parroquia del Sagrado Corazón de Vigo y responsable del movimiento Junior (Gerarda Fidalgo) que dio testimonio e hizo referencia al proceso catequético de niños, adolescentes y adultos; un miembro del grupo de liturgia de la parroquia de Tameiga (Xosé Manuel Vázquez Pazó) explicó

el proceso de liturgia de la parroquia de Tameiga (Xosé Manuel Vázquez Pazó) explicó



la larga y valiosa experiencia de sus iniciativas en hacer unas celebraciones más participativas ; una dirigente de Cáritas parroquial de la parroquia de S. Andrés de Comesaña (Marujita Costas García) y dos representantes del Area pastoral Os Cotos (Gloria Durán y Elisabeth Lage) explicitaron las actividades conjuntas que están llevando a acabo en esa zona. Las breves y bien preparadas intervenciones destacaron la participación responsable de los laicos en las tareas a que se refirieron así como el gozo de vivir la corresponsabilidad.

OTROS TESTIMONIOS DE CORRESPONSABILIDAD

Después de un rato de convivencia, tomando un café o unos pinchos, M^a José Goñi hizo una muy oportuna y breve “ponencia” teórico práctica, en la que sintetizó los fundamentos doctrinales de la corresponsabilidad con referencias al Concilio Vaticano II; al Concilio Pastoral de Galicia y al Sínodo diocesano. Hizo también alusión a los organismos diocesanos y parroquiales de corresponsabilidad, en los que invito a participar activa y responsablemente y apuntó otras formas de corresponsabilidad como las zonas pastorales. Insistió en que la construcción del Reino y de la comunidad cristiana es tarea de todos.





Terminada la exposición, D. Alberto Cuevas moderó un abierto diálogo con toda la Asamblea en el que los intervinientes fueron ofreciendo otros modos y manifestaciones de vivir la corresponsabilidad y participación en las tareas parroquiales: grupos de formación y de espiritualidad; excursiones y romerías que fomentan el conocimiento y la convivencia; el siempre necesario trabajo y apostolado con los más jóvenes; experiencias de participación de los seglares en distintas labores parroquiales del mundo urbano y rural; abuelos para la educación; semana de apostolado seglar llevando la formación a distintas zonas de la Diócesis.... Una enjundiosa y edificante intervención del Obispo emérito, Mons. Cerviño incidió también en la necesidad de no perder el estilo sinodal de trabajar juntos en las labores pastorales.

“A CORRESPONSABILIDADE EN CAMIÑO”

Antes de terminar la Asamblea tuvo lugar un hermoso y bien preparado gesto de envío, sintetizando cuanto se había vivido a lo largo de la mañana. Textos bíblicos, cánticos y cintas de colores cayendo desde lo alto de la tribuna servían al objetivo de resaltar el compromiso de vivir decididamente la comunión como tarea ineludible de todos.



El Sr. Obispo junto al Cirio pascual preguntó a los miembros de la Asamblea si estaban dispuestos a responder a las llamadas y necesidades de la Iglesia en esta hora y a buscar nuevas formas de evangelizar en estos tiempos. “¡Sí estoy dispuesto!”, contestamos cada uno. Y con el canto “ide e pregoade” concluyó la I Asamblea diocesana de Agentes de Pastoral.

A. C.

Cancillería - Secretaría

Nombramientos

D. Ramón Pena González, *Canónigo Emérito de la Santa Iglesia Catedral;*

don David Dosantos Gómez, *Administrador Parroquial de San Pedro de Gaxate, de San Fiz de Forzans, de San paulo de Xende y de San Bartolomeu de Xesta;*

don Luis Pose Regueiro, *Vicario Parroquial de Santo Antonio da Florida, de Vigo.*

III Encuentro Nacional de la Infancia Misionera

Una nutrida representación de niños de nuestra Diócesis participó los días 2 y 3 de mayo, en el recinto ferial de Telefónica “Madrid Arena” (Casa de Campo), el III Encuentro Nacional de Infancia Misionera, organizado por la Dirección Nacional de Obras Misionales Pontificias, con la colaboración de la Comisión Episcopal de Misiones y la Participación de las Delegaciones Diocesanas de Misiones y otros grupos como Cristianos sin Fronteras.

El objetivo del Encuentro – previsto para niños entre 8 y 14 años acompañados, - es despertar en los ellos, en un ambiente festivo y formativo a la vez, el interés por la realidad tantas veces dura y dolorosa de muchos niños de los cinco continentes que, a pesar de tener las mismas ilusiones, carecen de las mismas oportunidades; suscitar su compromiso dando así respuesta al lema de Infancia Misionera: “Los niños ayudan a los niños”; vivir con intensidad esta fiesta misionera con los niños de otras diócesis y promover la implicación de las familias, sacerdotes, educadores, catequistas en la formación misionera de los niños.

JORNADAS DIOCESANAS DE LITURGIA

Los días 5 y 6 de mayo tuvieron lugar a las 8 de la tarde, en el Salón Parroquial de Santiago de Vigo, las Jornadas Diocesanas de Liturgia dedicadas en esta ocasión a reflexionar sobre la *“Dimensión Pascual del Sacramento de la Penitencia”*.

Se escogió para impartir las jornadas a un experimentado sacerdote y pastor, que une a su ciencia, la dedicación habitual a la comunicación. D. Manuel González López-Corps, es Doctor en Sagrada Liturgia, profesor de la Facultad de San Dámaso de Madrid y colaborador de la Cadena COPE en la misa dominical. Impartió también en el Seminario Mayor una mañana de formación permanente a los sacerdotes.

BODAS SACERDOTALES DE PLATA, ORO Y DIAMANTE

Con ocasión de renovar la consagración del Seminario Menor de Tui al Sagrado Corazón, llevada a cabo el 13 de mayo de 1921, cada año los sacerdotes de Tui-Vigo renovamos alrededor de esa fecha la tradición de encontrarnos ese día en la “casa madre”, para felicitar también a los compañeros que cumplan en el año sus 25, 50 ó 60 años de sacerdocio. Es una jornada sacerdotal llena de fraternidad y de buen humor, a la que suele acudir la mayor parte del clero diocesano.

Este año celebra sus BODAS DE PLATA sacerdotales el P. Angel Corcero Corcero, salesiano. Cumplen sus BODAS DE ORO sacerdotales: D. Manuel Búa Buceta, párroco de Santa Clara en Vigo; D. Jesús Casás Otero, Director del Museo diocesano; D. Jesús María Fernández Rodríguez, que fue muchos años profesor de Instituto y Consiliario de Cursos de Cristiandad; D. Emilio Alfonso Fernández Sotelo, capellán castrense hasta su jubilación y ahora párroco de Hio; D. José Fernández Teijeira, que fue párroco de Mañufe; D. Ernesto Pazos Chaves, párroco de Tebra; D. Ramón Pena González, Vicario de la Concatedral viguesa y D. Manuel Rodríguez Hermelo, párroco de Santa Marta, en Vigo.



Alcanzan sus Bodas de Diamante sacerdotales: D. Benito Castro Nogueira, que fue el párroco constructor del templo de la Inmaculada ; D. José García Malvido y D. Ignacio López Rodríguez, que fueron Tenientes Vicarios en el Ejército del Aire y en la Armada, respectivamente; D. Manuel Rodríguez Outumuro, párroco de Borreiros; D. Francisco Javier Rotea Martínez y Manuel Ventín Piñeiro, ambos ex profesores de Instituto y párrocos.

Se cumplió el programa de actos que contemplaba realizar a partir de las 10,30 de la mañana la presentación de varios libros. En primer lugar la biografía del Beato Manuel Gómez, el sacerdote natural de Ribarteme (As Neves) que murió mártir en el Brasil y que ha sido beatificado recientemente. El libro impulsado por el Sr. Obispo ha sido coordinado por el sacerdote D. Ignacio Domínguez y escrito con la colaboración de un nutrido grupo de sacerdotes. También se presentaron los últimos libros de dos sacerdotes que celebran sus Bodas de Oro: el de D. Jesús María Fdez. Rodríguez “A la sombra del padre-nuestro” –lo presentó D. Julio Andión- y el de D. Jesús Casás, “Belleza y vida de fe”, fue presentado por D. Guillermo de Juan Morado. Finalmente tuvo lugar la Eucaristía con la tradicional procesión hasta los claustros del Sagrado Corazón y de la Virgen, para concluir con la comida de confraternidad y la sobremesa llena de buen humor al recordar tantas anécdotas y vivencias. Nuestra felicitación a estos beneméritos sacerdotes.

JORNADA DEL VOLUNTARIADO DE CÁRITAS GALICIA

El pasado 6 de junio celebramos en la monumental ciudad de TUI y hasta 1833 una de las siete capitales del Reino de Galicia, la segunda edición de la “*Jornada del voluntariado de las Cáritas de Galicia*”.

Conscientes de la necesidad que tenemos las personas que dedicamos parte de nuestro

tiempo y de nuestras energías en Cáritas al trabajo con las personas necesitadas, de pensar de vez en cuando en nosotros, la jornada pretendía ser, y lo fue, un espacio para mantener viva la ilusión, animarnos los unos a los otros, compartir lo que somos y tenemos, acrecentar nuestra fe, ser y sentirnos Iglesia, vivir la comunión, saber que no estamos solos, alejar el desaliento, recuperar fuerzas, orar juntos, pedirle al Padre su presencia entre nosotros y el consuelo de su Espíritu, tener sentido de pertenencia.

El día, acompañado a ratos de lluvia, sol y chaparrones, comenzó con la visita guiada a la Catedral, casco histórico e iglesias de Santo Domingo y San Bartolomé, con una pequeña parada en el rastrillo de Cáritas en el que tanto cariño y dedicación ponen las voluntarias de Tui.

Al mediodía los 375 asistentes celebramos la Eucaristía en la capilla del colegio de los

Hermanos Maristas, oficiada por el Vicario General de la Diócesis de Tui-Vigo, don Jesús Gago Blanco, precisamente en la festividad de San Marcelino Champagnat, fundador de los Maristas, que dedicó su vida a la educación y formación de los niños de las zonas rurales y deprimidas. Don Jesús, enlazando con el evangelio del día (Marcos 12, 38-44) nos habló de la misión del voluntariado de Cáritas, que no es otra que la donación a los demás, sin esperar nada a cambio; una donación que huye del protagonismo, de la publicidad, de la satisfacción del ego; una donación realizada de manera sencilla, callada, humilde, amorosa.

Una sencilla comida en el patio cubierto del colegio, acompañada al final por los sones de las gaitas de un grupo de gaiteros y del humeante pocillo de barro con el aguardiente de la queimada dió inicio a la tarde. Avanzada la misma nos desplazamos al Monte Santa Tecla en el municipio de A Guarda para gozar de la belleza de la naturaleza percibida a través de las maravillosas vistas sobre la desembocadura del río Miño, el mar abierto y las tierras portuguesas. Al atardecer despedimos el día con la oración de acción de gracias, por haber tenido la ocasión de disfrutar de la convivencia, en el entorno de la ermita de Santa Tecla.

IV SEMANA DE LA CARIDAD

Del 8 al 14 de junio y bajo el lema *“Una sociedad con valores es una sociedad con futuro”*, se celebró la IV Semana de la Caridad. Las actividades de dicha semana contaron con dos conferencias -en la Sala de Conferencias del Centro Cultural Caixanova, a las 8 de la tarde- sobre los valores comunión y participación, frente a los contravalores individualismo e insolidaridad, a cargo de Luis González Morán licenciado en Filosofía escolástica y Teología por la Universidad Pontificia de Comillas y Doctor en Derecho por la Universidad de Oviedo, de la cual es Profesor Titular de Derecho Civil. El día 10 y, en la misma

sala de conferencias, las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl nos hablaron de su obra y del trabajo que realizan en nuestra diócesis.

El día 11, Día de la Caridad, se celebró la cuestación por las calles de la ciudad recaudándose 6.661,89 € y por la tarde la Eucaristía en la Iglesia de Santiago el Mayor de Vigo a las 20,30 horas.

Agradecemos la generosidad de toda la sociedad viguesa en este Día de la Caridad y en estos tiempos especialmente malos para muchas personas y familias.

LA HOSPITALIDAD DE TUI-VIGO PEREGRINÓ A LOURDES

Del 19 de junio viernes al miércoles día 24 La Hospitalidad diocesana peregrinó como cada año al Santuario francés de Lourdes, dirigida por el entusiasmo eficaz de Pili Alonso Novas y un sinnúmero de voluntarios/as que le acompañan. Cerca de doscientas personas entre enfermos, peregrinos sanos y voluntarios se trasladaron al santuario francés para vivir unas jornadas inolvidables de oración y paz.

Nota ante las elecciones al Parlamento Europeo

El miércoles 13 de mayo de 2009, los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela publicaron una Nota de Prensa en la que manifiestan que se adhieren totalmente a la Declaración de los Obispos de la COMECE ante las elecciones para el Parlamento Europeo de 4 – 7 de junio de 2009.

Declaración de los Obispos de la COMECE ante las elecciones al Parlamento Europeo del 4 – 7 de junio de 2009

Construir una mejor casa Europea

Las elecciones europeas: una oportunidad para construir una Europa mejor .

Después de 64 años de desarrollo pacífico, y a los 20 años de la caída del Telón de Acero, que puso término a la división del continente, el proceso de integración europea merece ser apreciado, a pesar de algunas lagunas. Por este motivo, los Obispos de la COMECE apoyamos y promovemos la Unión

Europea como proyecto de esperanza para todos sus ciudadanos. Incluso en este tiempo de incertidumbres debidas a la crisis financiera y económica, la Unión Europea ha demostrado que es una casa segura que se esfuerza por preservar la estabilidad y la solidaridad entre sus miembros. Hoy, en 2009, la Unión Europea tiene la capacidad y los medios para responder a los retos más urgentes y apremiantes de nuestro tiempo. Participando en la elección del Parlamento Europeo, todos los ciudadanos tienen la posibilidad de contribuir al desarrollo y a la mejora de la Unión Europea.

La participación en las elecciones: un derecho y una responsabilidad.

La Iglesia católica ha apoyado desde el principio el proyecto de integración europea y continúa apoyándolo hoy. Todo cristiano tiene, no solamente el derecho, sino también la responsabilidad de comprometerse activamente en este proyecto ejerciendo su derecho de voto. La participación de los cristianos es esencial para redescubrir el “alma de Europa” que es vital para responder a las necesidades fundamentales de la persona humana y para el servicio del bien común. El parlamento europeo, a través de sus poderes y sus competencias (que serán todavía reforzadas cuando concluya el proceso de ratificación del Tratado de Lisboa), debe contribuir a responder a estas aspiraciones y objetivos.

Lo que esperan los cristianos del Parlamento Europeo

Los principios fundamentales de toda sociedad son la dignidad humana, la promoción del bien común. Por este motivo, estos principios deben encontrarse en el corazón mismo de todas las políticas de la Unión Europea. Teniendo en cuenta el importante papel desempeñado por el Parlamento Europeo, esperamos de sus miembros que participen y contribuyan activamente en lo siguiente:

- **respetar la vida humana** de la concepción a la muerte natural, como parte integrante de las legislaciones, programas y políticas de la Unión Europea en su conjunto.-

- **apoyar a la familia fundada sobre el matrimonio,** –entendido como la unión entre un hombre y una mujer– como unidad básica de la sociedad.

- **promover los derechos sociales** de los trabajadores procurándoles condiciones de trabajo respetuosas de su salud, de su seguridad y de su dignidad.

-- **promover una gobernanza económica** fundada en valores éticos dirigida a un desarrollo humano duradero, en el seno de la Unión Europea y a nivel mundial.

-- **promover la justicia** en las relaciones de la Unión Europea con los países en vía de desarrollo mediante una asistencia financiera y unas relaciones innovadoras.

-- **demostrar la solidaridad** mediante la elaboración de políticas de ayuda para con los más débiles y más necesitados en nuestras sociedades (en particular, los discapacitados, los que demandan asilo, los inmigrantes).

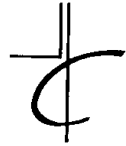
-- **proteger la Creación** mediante la lucha contra el cambio climático y animando a tener un estilo de vida basado en la moderación.

-- **promover la paz** en el mundo mediante una política exterior de la Unión Europea coordinada y coherente.

Iluminados y guiados por la enseñanza de Cristo, los cristianos están dispuestos y deseosos de contribuir a la satisfacción de estas aspiraciones, en el espíritu de la declaración de Su Santidad el Papa Juan Pablo II: “La inspiración cristiana puede transformar la integración política, cultural y económica en una convivencia en la cual todos los europeos se sientan en su propia casa” (Ecclesia in Europa, 121).

Bruxelles, le 20 mars 2009

Adrianus van Luyn SDB, Presidente, Obispo de Rotterdam (Holanda)



Falleció Mons. María de Larrea, obispo dimisionario de Bilbao

Tras una larga enfermedad, ha fallecido a la edad de 91 años, el 27 de mayo en Bilbao, Mons. Luis María de Larrea y Legarreta, obispo diocesano entre los años 1979 al 1995, hasta el nombramiento del actual obispo Mons. Ricardo Blázquez. Durante su episcopado en Bilbao, con la colaboración de su Obispo Auxiliar don Juan María Uriarte, la diócesis celebró una Asamblea Diocesana (1984-87), en la que participaron 20.000 personas en unos 2.000 grupos de toda Vizcaya. Uno de sus primeros frutos fue la creación del Consejo Pastoral Diocesano (1988) y el Servicio diocesano de Formación de Laicos (1987). Otro fruto fue el primer Plan Diocesano de Evangelización (1990-1995). Las líneas de fuerza más significativas de su episcopado fueron la formación de laicos y presbíteros, la autofinanciación diocesana, la pastoral vocacional y el compromiso con los más pobres.

Mons. Larrea había nacido el 19 de abril de 1918 en Miraballes (Vizcaya)). Fue ordenado sacerdote el 27 de junio de 1943 en Vitoria, tras haber cursado los estudios eclesiásticos en el Seminario Diocesano de Vitoria. Posteriormente realizó estudios de Derecho Canónico y Derecho Civil en las Universidades Pontificia y Civil de Salamanca. Seguidamente amplió estudios en la Facultad

de Derecho de la Universidad de Madrid. Fue formador y profesor de Derecho Público de la Iglesia , de Derecho Canónico y de Teología Moral en el Seminario de Vitoria de 1952 a 1971 y Rector del mismo Seminario (1965-71). Asimismo fue asesor jurídico del Obispado de Vitoria, fiscal del Tribunal Eclesiástico y canónigo de la catedral de Vitoria.

Fue consagrado obispo en León el 25 de septiembre de 1971, donde permaneció hasta el año 1979. Durante algunos meses gobernó simultáneamente la archidiócesis de Valladolid como Administrador Apostólico y fue obispo de Bilbao, desde abril de 1979 (fecha en la que sucedió a su antecesor Mons. Antonio Añoveros) hasta el nombramiento del actual obispo diocesano, Mons. Ricardo Blázquez, el 8 de septiembre de 1995.

Don Luis María de Larrea fue presidente y vicepresidente de la Comisión episcopal de Seminarios y Universidades en distintos períodos y miembro de la Comisión episcopal de Misiones y de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal. Con Mons. Larrea, la diócesis de Bilbao fortaleció su colaboración con las de Pamplona, Vitoria y San Sebastián. Uno de los frutos de esa colaboración fueron las pastorales comunes de sus obispos, recogidas en la publicación “Al servicio de la Palabra (1975-1993)”.



Del Santo Padre

Mensaje del Papa para la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones

(3 de mayo, IV Domingo de Pascua)

«La confianza en la iniciativa de Dios y la respuesta humana»

Venerados Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio,

Queridos hermanos y hermanas

Con ocasión de la próxima Jornada Mundial de oración por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, que se celebrará el 3 de mayo de 2009, Cuarto Domingo de Pascua, me es grato invitar a todo el pueblo de Dios a reflexionar sobre el tema: *La confianza en la iniciativa de Dios y la respuesta humana*. Resuena constantemente en la Iglesia la exhortación de Jesús a sus discípulos: «Rogad al dueño de la mies, que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38). ¡Rogad! La apremiante invitación del Señor subraya cómo la oración por las vocaciones ha de ser ininterrumpida y confiada. De hecho, la comunidad cristiana, sólo si efectivamente está animada por la oración, puede «tener mayor fe y esperanza en la iniciativa divina» (Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis*, 26).

La vocación al sacerdocio y a la vida consagrada constituye un especial don divino, que se sitúa en el amplio proyecto de amor y de salvación que Dios tiene para cada hombre y la humanidad entera. El apóstol Pablo, al que recor-

damos especialmente durante este Año Paulino en el segundo milenio de su nacimiento, escribiendo a los efesios afirma: «Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, nos ha bendecido en la persona de Cristo, con toda clase de bienes espirituales y celestiales. Él nos eligió en la persona de Cristo antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor» (Ef 1, 3-4). En la llamada universal a la santidad destaca la peculiar iniciativa de Dios, escogiendo a algunos para que sigan más de cerca a su Hijo Jesucristo, y sean sus ministros y testigos privilegiados. El divino Maestro llamó personalmente a los Apóstoles «para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar, con poder para expulsar demonios» (Mc 3,14-15); ellos, a su vez, se asociaron con otros discípulos, fieles colaboradores en el ministerio misionero. Y así, respondiendo a la llamada del Señor y dóciles a la acción del Espíritu Santo, una multitud innumerable de presbíteros y de personas consagradas, a lo largo de los siglos, se ha entregado completamente en la Iglesia al servicio del Evangelio. Damos gracias al Señor porque también hoy sigue llamando a obreros para su viña. Aunque es verdad que en algunas regiones de la tierra se registra una escasez preocupante de presbíteros, y que dificultades y obstáculos acompañan el camino de la Iglesia, nos sostiene la certeza inquebrantable de que el Señor, que libremente escoge e invita a su seguimiento a personas de todas las culturas y de todas las edades, según los designios inescrutables de su amor misericordioso, la guía firmemente por los senderos del tiempo hacia el cumplimiento definitivo del Reino.

Nuestro primer deber ha de ser por tanto mantener viva, con oración incesante, esa invocación de la iniciativa divina en las familias y en las parroquias, en los movimientos y en las asociaciones entregadas al apostolado, en las comunidades religiosas y en todas las estructuras de la vida diocesana. Tenemos que rezar para que en todo el pueblo cristiano crezca la confianza en Dios, convencido de que el «dueño de la mies» no deja de pedir a algunos que entreguen libremente su existencia para colaborar más estrechamente con Él en la obra de la salvación. Y por parte de cuantos están llamados, se requiere escucha atenta y prudente discernimiento, adhesión generosa y dócil al designio divino, profundización seria en lo que es propio de la vocación sacerdotal y religiosa para corresponder a ella de manera responsable y convencida. *El Catecismo de la Iglesia Católica* recuerda oportunamente que la iniciativa libre de Dios requiere la respuesta libre del hombre. Una respuesta positiva que presupone siempre la aceptación y la participación en el proyecto que Dios tiene sobre cada uno; una respuesta que acoja la iniciativa amorosa del Señor y lle-

gue a ser para todo el que es llamado una exigencia moral vinculante, una ofrenda agradecida a Dios y una total cooperación en el plan que Él persigue en la historia (cf. n. 2062).

Contemplando el misterio eucarístico, que expresa de manera sublime el don que libremente ha hecho el Padre en la Persona del Hijo Unigénito para la salvación de los hombres, y la plena y dócil disponibilidad de Cristo hasta beber plenamente el «cáliz» de la voluntad de Dios (cf. *Mt 26, 39*), comprendemos mejor cómo «*la confianza en la iniciativa de Dios*» modela y da valor a la «*respuesta humana*». En la Eucaristía, don perfecto que realiza el proyecto de amor para la redención del mundo, Jesús se inmola libremente para la salvación de la humanidad. «La Iglesia –escribió mi amado predecesor Juan Pablo II– ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el *don por excelencia* porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación» (Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 11).

Los presbíteros, que precisamente en Cristo eucarístico pueden contemplar el modelo eximio de un «diálogo vocacional» entre la libre iniciativa del Padre y la respuesta confiada de Cristo, están destinados a perpetuar ese misterio salvífico a lo largo de los siglos, hasta el retorno glorioso del Señor. En la celebración eucarística es el mismo Cristo el que actúa en quienes Él ha escogido como ministros suyos; los sostiene para que su respuesta se desarrolle en una dimensión de confianza y de gratitud que despeje todos los temores, incluso cuando aparece más fuerte la experiencia de la propia flaqueza (cf. *Rm 8, 26-30*), o se hace más duro el contexto de incompreensión o incluso de persecución (cf. *Rm 8, 35-39*).

El convencimiento de estar salvados por el amor de Cristo, que cada Santa Misa alimenta a los creyentes y especialmente a los sacerdotes, no puede dejar de suscitar en ellos un confiado abandono en Cristo que ha dado la vida por nosotros. Por tanto, creer en el Señor y aceptar su don, comporta fiarse de Él con agradecimiento adhiriéndose a su proyecto salvífico. Si esto sucede, «*la persona llamada*» lo abandona todo gustosamente y acude a la escuela del divino Maestro; comienza entonces un fecundo diálogo entre Dios y el hombre, un misterioso encuentro entre el amor del Señor que llama y la libertad del hombre que le responde en el amor, sintiendo resonar en su alma las palabras de Jesús: «*No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure*» (*Jn 15, 16*).

Ese engarce de amor entre la iniciativa divina y la respuesta humana se presenta también, de manera admirable, en la vocación a la vida consagrada. El Concilio Vaticano II recuerda: «Los consejos evangélicos de castidad consagrada a Dios, pobreza y obediencia tienen su fundamento en las palabras y el ejemplo del Señor. Recomendados por los Apóstoles, por los Padres de la Iglesia, los doctores y pastores, son un don de Dios, que la Iglesia recibió de su Señor y que con su gracia conserva siempre» (*Lumen gentium*, 43). Una vez más, Jesús es el modelo ejemplar de adhesión total y confiada a la voluntad del Padre, al que toda persona consagrada ha de mirar. Atraídos por Él, desde los primeros siglos del cristianismo, muchos hombres y mujeres han abandonado familia, posesiones, riquezas materiales y todo lo que es humanamente deseable, para seguir generosamente a Cristo y vivir sin ataduras su Evangelio, que se ha convertido para ellos en escuela de santidad radical. Todavía hoy muchos avanzan por ese mismo camino exigente de perfección evangélica, y realizan su vocación con la profesión de los consejos evangélicos. El testimonio de esos hermanos y hermanas nuestros, tanto en monasterios de vida contemplativa como en los institutos y congregaciones de vida apostólica, le recuerda al pueblo de Dios «el misterio del Reino de Dios que ya actúa en la historia, pero que espera su plena realización en el cielo» (Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Vita consecrata*, 1).

¿Quién puede considerarse digno de acceder al ministerio sacerdotal? ¿Quién puede abrazar la vida consagrada contando sólo con sus fuerzas humanas? Una vez más conviene recordar que la respuesta del hombre a la llamada divina, cuando se tiene conciencia de que es Dios quien toma la iniciativa y a Él le corresponde llevar a término su proyecto de salvación, nunca se parece al cálculo miedoso del siervo perezoso que por temor esconde el talento recibido en la tierra (cf. *Mt* 25, 14-30), sino que se manifiesta en una rápida adhesión a la invitación del Señor, como hizo Pedro, que no dudó en echar nuevamente las redes pese a haber estado toda la noche faenando sin pescar nada, confiando en su palabra (cf. *Lc* 5, 5). Sin abdicar en ningún momento de la responsabilidad personal, la respuesta libre del hombre a Dios se transforma así en «corresponsabilidad», en responsabilidad *en* y *con* Cristo, en virtud de la acción de su Espíritu Santo; se convierte en comunión con quien nos hace capaces de dar fruto abundante (cf. *Jn* 15, 5).

Emblemática respuesta humana, llena de confianza en la iniciativa de Dios, es el «Amén» generoso y total de la Virgen de Nazaret, pronunciado con humilde y decidida adhesión a los designios del Altísimo, que le fueron comu-

nicados por un mensajero celestial (cf. *Lc* 1, 38). Su «sí» inmediato le permitió convertirse en la Madre de Dios, la Madre de nuestro Salvador. María, después de aquel primer «*fiat*», que tantas otras veces tuvo que repetir, hasta el momento culminante de la crucifixión de Jesús, cuando «estaba junto a la cruz», como señala el evangelista Juan, siendo copartícipe del dolor atroz de su Hijo inocente. Y precisamente desde la cruz, Jesús moribundo nos la dio como Madre y a Ella fuimos confiados como hijos (cf. *Jn* 19, 26-27), Madre especialmente de los sacerdotes y de las personas consagradas. Quisiera encomendar a Ella a cuantos descubren la llamada de Dios para encaminarse por la senda del sacerdocio ministerial o de la vida consagrada.

Queridos amigos, no os desaniméis ante las dificultades y las dudas; confiad en Dios y seguid fielmente a Jesús y seréis los testigos de la alegría que brota de la unión íntima con Él. A imitación de la Virgen María, a la que llaman dichosa todas las generaciones porque ha creído (cf. *Lc* 1, 48), esforzaos con toda energía espiritual en llevar a cabo el proyecto salvífico del Padre celestial, cultivando en vuestro corazón, como Ella, la capacidad de asombro y de adoración a quien tiene el poder de hacer «grandes cosas» porque su Nombre es santo (Cf. *Lc* 1, 49).

Vaticano, 20 de enero de 2009

Carta para la convocación de un año sacerdotal con ocasión del 150 aniversario del *Dies Natalis* del Santo Cura de Ars

Queridos hermanos en el Sacerdocio:

He resuelto convocar oficialmente un “Año Sacerdotal” con ocasión del 150 aniversario del “*dies natalis*” de Juan María Vianney, el Santo Patrón de todos los párrocos del mundo, que comenzará el viernes 19 de junio de 2009, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús –jornada tradicionalmente dedicada a la oración por la santificación del clero– Este año desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo, y se concluirá en la misma solemnidad de 2010.

“*El Sacerdocio es el amor del corazón de Jesús*”, repetía con frecuencia el Santo Cura de Ars. Esta conmovedora expresión nos da pie para reconocer con devoción y admiración el inmenso don que suponen los sacerdotes, no sólo para la Iglesia, sino también para la humanidad misma. Tengo presente a todos los presbíteros que con humildad repiten cada día las palabras y los gestos de Cristo a los fieles cristianos y al mundo entero, identificándose con sus pensamientos, deseos y sentimientos, así como con su estilo de vida. ¿Cómo no destacar sus esfuerzos apostólicos, su servicio infatigable y oculto, su caridad que no excluye a nadie? Y ¿qué decir de la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprendiones, perseveran en su vocación de “amigos de Cristo”, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él?

Todavía conservo en el corazón el recuerdo del primer párroco con el que comencé mi ministerio como joven sacerdote: fue para mí un ejemplo de entrega sin reservas al propio ministerio pastoral, llegando a morir cuando llevaba el viático a un enfermo grave. También repasó los innumerables hermanos que he conocido a lo largo de mi vida y últimamente en mis viajes pastorales a diversas naciones, comprometidos generosamente en el ejercicio cotidiano de su ministerio sacerdotal.

Pero la expresión utilizada por el Santo Cura de Ars evoca también la herida abierta en el Corazón de Cristo y la corona de espinas que lo circunda. Y así, pienso en las numerosas situaciones de sufrimiento que aquejan a muchos sacerdotes, porque participan de la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones o por las incomprensiones de los destinatarios mismos de su ministerio: ¿Cómo no recordar tantos sacerdotes ofendidos en su dignidad, obstaculizados en su misión, a veces incluso perseguidos hasta ofrecer el supremo testimonio de la sangre?

Sin embargo, también hay situaciones, nunca bastante deploradas, en las que la Iglesia misma sufre por la infidelidad de algunos de sus ministros. En estos casos, es el mundo el que sufre el escándalo y el abandono. Ante estas situaciones, lo más conveniente para la Iglesia no es tanto resaltar escrupulosamente las debilidades de sus ministros, cuanto renovar el reconocimiento gozoso de la grandeza del don de Dios, plasmado en espléndidas figuras de Pastores generosos, religiosos llenos de amor a Dios y a las almas, directores espirituales clarividentes y pacientes. En este sentido, la enseñanza y el ejemplo de san Juan María Vianney pueden ofrecer un punto de referencia significativo. El Cura de Ars era muy humilde, pero consciente de ser, como sacerdote, un inmenso don para su gente: “Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina” Hablaba del sacerdocio como si no fuera posible llegar a percibir toda la grandeza del *don* y de la *tarea* confiados a una criatura humana: “¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia...” Explicando a sus fieles la importancia de los sacramentos decía: “Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo” Estas afirmaciones, nacidas del corazón sacerdotal del santo párroco, pueden parecer exageradas. Sin embargo, revelan la altísima consideración en que tenía el sacra-

mento del sacerdocio. Parecía sobrecogido por un inmenso sentido de la responsabilidad: “Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra... ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes... Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán a las bestias... El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para vosotros”

Llegó a Ars, una pequeña aldea de 230 habitantes, advertido por el Obispo sobre la precaria situación religiosa: “No hay mucho amor de Dios en esa parroquia; usted lo pondrá”. Bien sabía él que tendría que encarnar la presencia de Cristo dando testimonio de la ternura de la salvación: “Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia; acepto sufrir todo lo que quieras durante toda mi vida”. Con esta oración comenzó su misión El Santo Cura de Ars se dedicó a la conversión de su parroquia con todas sus fuerzas, insistiendo por encima de todo en la formación cristiana del pueblo que le había sido confiado.

Queridos hermanos en el Sacerdocio, pidamos al Señor Jesús la gracia de aprender también nosotros el método pastoral de san Juan María Vianney. En primer lugar, su total identificación con el propio ministerio. En Jesús, Persona y Misión tienden a coincidir: toda su obra salvífica era y es expresión de su “Yo filial”, que está ante el Padre, desde toda la eternidad, en actitud de amorosa sumisión a su voluntad. De modo análogo y con toda humildad, también el sacerdote debe aspirar a esta identificación. Aunque no se puede olvidar que la eficacia sustancial del ministerio no depende de la santidad del ministro, tampoco se puede dejar de lado la extraordinaria fecundidad que se deriva de la confluencia de la santidad objetiva del ministerio con la subjetiva del ministro. El Cura de Ars emprendió en seguida esta humilde y paciente tarea de armonizar su vida como ministro con la santidad del ministerio confiado, “*viviendo*” incluso materialmente en su Iglesia parroquial: “En cuanto llegó, consideró la Iglesia como su casa... Entraba en la Iglesia antes de la aurora y no salía hasta después del *Ángelus* de la tarde. Si alguno tenía necesidad de él, allí lo podía encontrar”, se lee en su primera biografía.

La devota exageración del piadoso hagiógrafo no nos debe hacer perder de vista que el Santo Cura de Ars también supo “hacerse presente” en todo el territorio de su parroquia: visitaba sistemáticamente a los enfermos y a las familias; organizaba misiones populares y fiestas patronales; recogía y administraba dinero para sus obras de caridad y para las misiones; adornaba la iglesia y la dotaba de paramentos sacerdotales; se ocupaba de las niñas huérfanas de la “*Providence*” (un Instituto que fundó) y de sus formadoras; se interesaba por la educación de los niños; fundaba hermandades y llamaba a los laicos a colaborar con él.

Su ejemplo me lleva a poner de relieve los ámbitos de colaboración en los que se debe dar cada vez más cabida a los laicos, con los que los presbíteros forman un único pueblo sacerdotal y entre los cuales, en virtud del sacerdocio ministerial, están puestos “para llevar a todos a la unidad del amor: ‘amándose mutuamente con amor fraterno, rivalizando en la estima mutua’ (*Rm* 12, 10)” En este contexto, hay que tener en cuenta la encarecida recomendación del Concilio Vaticano II a los presbíteros de “reconocer sinceramente y promover la dignidad de los laicos y la función que tienen como propia en la misión de la Iglesia... Deben escuchar de buena gana a los laicos, teniendo fraternalmente en cuenta sus deseos y reconociendo su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, para poder junto con ellos reconocer los signos de los tiempos”

El Santo Cura de Ars enseñaba a sus parroquianos sobre todo con el testimonio de su vida. De su ejemplo aprendían los fieles a orar, acudiendo con gusto al sagrario para hacer una visita a Jesús Eucaristía “No hay necesidad de hablar mucho para orar bien”, les enseñaba el Cura de Ars. “Sabemos que Jesús está allí, en el sagrario: abrámosle nuestro corazón, alegrémonos de su presencia. Ésta es la mejor oración” Y les persuadía: “Venid a comulgar, hijos míos, venid donde Jesús. Venid a vivir de Él para poder vivir con Él...” “Es verdad que no sois dignos, pero *lo necesitáis*” Dicha educación de los fieles *en la presencia eucarística y en la comunión* era particularmente eficaz cuando lo veían celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Los que asistían decían que “no se podía encontrar una figura que expresase mejor la adoración... Contemplaba la hostia con amor” Les decía: “Todas las buenas obras juntas no son comparables al Sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras la Santa Misa es obra de Dios” Estaba convencido de que todo el fervor en la vida de un sacerdote dependía de la Misa: “La causa de la relajación del sacerdote es que des-

cuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!” Siempre que celebraba, tenía la costumbre de ofrecer también la propia vida como sacrificio: “¡Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!”

Esta identificación personal con el Sacrificio de la Cruz lo llevaba –con una sola moción interior– del altar al confesonario. Los sacerdotes no deberían resignarse nunca a ver vacíos sus confesonarios ni limitarse a constatar la indiferencia de los fieles hacia este sacramento. En Francia, en tiempos del Santo Cura de Ars, la confesión no era ni más fácil ni más frecuente que en nuestros días, pues el vendaval revolucionario había arrasado desde hacía tiempo la práctica religiosa. Pero él intentó por todos los medios, en la predicación y con consejos persuasivos, que sus parroquianos redescubriesen el significado y la belleza de la Penitencia sacramental, mostrándola como una íntima exigencia de la presencia eucarística. Supo iniciar así un “*círculo virtuoso*”. Con su prolongado estar ante el sagrario en la Iglesia, consiguió que los fieles comenzasen a imitarlo, yendo a visitar a Jesús, seguros de que allí encontrarían también a su párroco, disponible para escucharlos y perdonarlos. Al final, una muchedumbre cada vez mayor de penitentes, provenientes de toda Francia, lo retenía en el confesonario hasta 16 horas al día. Se comentaba que Ars se había convertido en “el gran hospital de las almas” Su primer biógrafo afirma: “La gracia que conseguía [para que los pecadores se convirtiesen] era tan abundante que salía en su búsqueda sin dejarles un momento de tregua” En este mismo sentido, el Santo Cura de Ars decía: “No es el pecador el que vuelve a Dios para pedirle perdón, sino Dios mismo quien va tras el pecador y lo hace volver a Él” “Este buen Salvador está tan lleno de amor que nos busca por todas partes”

Todos los sacerdotes hemos de considerar como dirigidas personalmente a nosotros aquellas palabras que él ponía en boca de Jesús: “Encargaré a mis ministros que anuncien a los pecadores que estoy siempre dispuesto a recibirlos, que mi misericordia es infinita” Los sacerdotes podemos aprender del Santo Cura de Ars no sólo una confianza infinita en el sacramento de la Penitencia, que nos impulse a ponerlo en el centro de nuestras preocupaciones pastorales, sino también el método del “diálogo de salvación” que en él se debe entablar. El Cura de Ars se comportaba de manera diferente con cada penitente. Quien se acercaba a su confesonario con una necesidad profunda y humilde del perdón de Dios, encontraba en él palabras de ánimo para sumergirse en el “torren-

te de la divina misericordia” que arrastra todo con su fuerza. Y si alguno estaba afligido por su debilidad e inconstancia, con miedo a futuras recaídas, el Cura de Ars le revelaba el secreto de Dios con una expresión de una belleza conmovedora: “El buen Dios lo sabe todo. Antes incluso de que se lo confeséis, sabe ya que pecaréis nuevamente y sin embargo os perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que *le lleva incluso a olvidar voluntariamente el futuro*, con tal de perdonarnos!” A quien, en cambio, se acusaba de manera fría y casi indolente, le mostraba, con sus propias lágrimas, la evidencia seria y dolorosa de lo “abominable” de su actitud: “Lloro porque vosotros no lloráis” decía. “Si el Señor no fuese tan bueno... *pero lo es* Hay que ser un bárbaro para comportarse de esta manera ante un Padre tan bueno” Provocaba el arrepentimiento en el corazón de los tibios, obligándoles a ver con sus propios ojos el sufrimiento de Dios por los pecados como “encarnado” en el rostro del sacerdote que los confesaba. Si alguno manifestaba deseos y actitudes de una vida espiritual más profunda, le mostraba abiertamente las profundidades del amor, explicándole la inefable belleza de vivir unidos a Dios y estar en su presencia: “Todo bajo los ojos de Dios, todo con Dios, todo para agradar a Dios... ¡Qué maravilla!” Y les enseñaba a orar: “Dios mío, concédeme la gracia de amarte tanto cuanto yo sea capaz”

El Cura de Ars consiguió en su tiempo cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor. Urge también en nuestro tiempo un anuncio y un testimonio similar de la verdad del Amor: *Deus caritas est (1 Jn 4, 8)*. Con la Palabra y con los Sacramentos de su Jesús, Juan María Vianney edificaba a su pueblo, aunque a veces se agitaba interiormente porque no se sentía a la altura, hasta el punto de pensar muchas veces en abandonar las responsabilidades del ministerio parroquial para el que se sentía indigno. Sin embargo, con un sentido de la obediencia ejemplar, permaneció siempre en su puesto, porque lo consumía el celo apostólico por la salvación de las almas. Se entregaba totalmente a su propia vocación y misión con una ascesis severa: “La mayor desgracia para nosotros los párrocos –deploraba el Santo– es que el alma se endurezca”; con esto se refería al peligro de que el pastor se acostumbre al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas de sus ovejas. Dominaba su cuerpo con vigiliass y ayunos para evitar que opusiera resistencia a su alma sacerdotal. Y se mortificaba voluntariamente en favor de las almas que le habían sido confiadas y para unirse a la expiación de tantos pecados oídos en confesión. A un herma-

no sacerdote, le explicaba: “Le diré cuál es mi receta: doy a los pecadores una penitencia pequeña y el resto lo hago yo por ellos” Más allá de las penitencias concretas que el Cura de Ars hacía, el núcleo de su enseñanza sigue siendo en cualquier caso válido para todos: las almas cuestan la sangre de Cristo y el sacerdote no puede dedicarse a su salvación sin participar personalmente en el “alto precio” de la redención.

En la actualidad, como en los tiempos difíciles del Cura de Ars, es preciso que los sacerdotes, con su vida y obras, se distingan por un *vigoroso testimonio evangélico* Pablo VI ha observado oportunamente: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio” Para que no nos quedemos existencialmente vacíos, comprometiendo con ello la eficacia de nuestro ministerio, debemos preguntarnos constantemente: “¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento?” Así como Jesús llamó a los Doce para que estuvieran con Él (cf. *Mc* 3, 14), y sólo después los mandó a predicar, también en nuestros días los sacerdotes están llamados a asimilar el “nuevo estilo de vida” que el Señor Jesús inauguró y que los Apóstoles hicieron suyo.

La identificación sin reservas con este “nuevo estilo de vida” caracterizó la dedicación al ministerio del Cura de Ars. El Papa Juan XXIII en la Carta encíclica *Sacerdotii nostri primordia*, publicada en 1959, en el primer centenario de la muerte de san Juan María Vianney, presentaba su fisonomía ascética refiriéndose particularmente a los tres consejos evangélicos, considerados como necesarios también para los presbíteros: “Y, si para alcanzar esta santidad de vida, no se impone al sacerdote, en virtud del estado clerical, la práctica de los consejos evangélicos, ciertamente que a él, y a todos los discípulos del Señor, se le presenta como el camino real de la santificación cristiana” El Cura de Ars supo vivir los “consejos evangélicos” de acuerdo a su condición de presbítero. En efecto, su *pobreza* no fue la de un religioso o un monje, sino la que se pide a un sacerdote: a pesar de manejar mucho dinero (ya que los peregrinos más pudientes se interesaban por sus obras de caridad), era consciente de que todo era para su iglesia, sus pobres, sus huérfanos, sus niñas de la “*Providence*” sus familias más necesitadas. Por eso “era rico para dar a los otros y era muy pobre

para sí mismo”. Y explicaba: “Mi secreto es simple: dar todo y no conservar nada” Cuando se encontraba con las manos vacías, decía contento a los pobres que le pedían: “Hoy soy pobre como vosotros, soy uno de vosotros” Así, al final de su vida, pudo decir con absoluta serenidad: “No tengo nada... Ahora el buen Dios me puede llamar cuando quiera” También su *castidad* era la que se pide a un sacerdote para su ministerio. Se puede decir que era la castidad que conviene a quien debe tocar habitualmente con sus manos la Eucaristía y contemplarla con todo su corazón arrebatado y con el mismo entusiasmo la distribuye a sus fieles. Decían de él que “la castidad brillaba en su mirada”, y los fieles se daban cuenta cuando clavaba la mirada en el sagrario con los ojos de un enamorado También la *obediencia* de san Juan María Vianney quedó plasmada totalmente en la entrega abnegada a las exigencias cotidianas de su ministerio. Se sabe cuánto le atormentaba no sentirse idóneo para el ministerio parroquial y su deseo de retirarse “a llorar su pobre vida, en soledad” Sólo la obediencia y la pasión por las almas conseguían convencerlo para seguir en su puesto. A los fieles y a sí mismo explicaba: “No hay dos maneras buenas de servir a Dios. Hay una sola: servirlo como Él quiere ser servido” Consideraba que la regla de oro para una vida obediente era: “Hacer sólo aquello que puede ser ofrecido al buen Dios”

En el contexto de la espiritualidad apoyada en la práctica de los consejos evangélicos, me complace invitar particularmente a los sacerdotes, en este Año dedicado a ellos, a percibir la nueva primavera que el Espíritu está suscitando en nuestros días en la Iglesia, a la que los Movimientos eclesiales y las nuevas Comunidades han contribuido positivamente. “El Espíritu es multiforme en sus dones... Él sopla donde quiere. Lo hace de modo inesperado, en lugares inesperados y en formas nunca antes imaginadas... Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único Cuerpo” A este propósito vale la indicación del Decreto *Presbyterorum ordinis*: “Examinando los espíritus para ver si son de Dios, [los presbíteros] han de descubrir mediante el sentido de la fe los múltiples carismas de los laicos, tanto los humildes como los más altos, reconocerlos con alegría y fomentarlos con empeño”. Dichos dones, que llevan a muchos a una vida espiritual más elevada, pueden hacer bien no sólo a los fieles laicos sino también a los ministros mismos. La comunión entre ministros ordenados y carismas “puede impulsar un renovado compromiso de la Iglesia en el anuncio y en el testimonio del Evangelio de la esperanza y de la caridad en todos los rincones del mundo”. Quisiera añadir además, en línea con la Exhortación

apostólica *Pastores dabo vobis* del Papa Juan Pablo II, que el ministerio ordenado tiene una radical “*forma comunitaria*” y sólo puede ser desempeñado en la comunión de los presbíteros con su Obispo. Es necesario que esta comunión entre los sacerdotes y con el propio Obispo, basada en el sacramento del Orden y manifestada en la concelebración eucarística, se traduzca en diversas formas concretas de fraternidad sacerdotal efectiva y afectiva. Sólo así los sacerdotes sabrán vivir en plenitud el don del celibato y serán capaces de hacer florecer comunidades cristianas en las cuales se repitan los prodigios de la primera predicación del Evangelio.

El Año Paulino que está por concluir orienta nuestro pensamiento también hacia el Apóstol de los gentiles, en quien podemos ver un espléndido modelo sacerdotal, totalmente “entregado” a su ministerio. “Nos apremia el amor de Cristo –escribía–, al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron” (2 Co 5, 14). Y añadía: “Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos” (2 Co 5, 15). ¿Qué mejor programa se podría proponer a un sacerdote que quiera avanzar en el camino de la perfección cristiana?

Queridos sacerdotes, la celebración del 150 aniversario de la muerte de San Juan María Vianney (1859) viene inmediatamente después de las celebraciones apenas concluidas del 150 aniversario de las apariciones de Lourdes (1858). Ya en 1959, el Beato Papa Juan XXIII había hecho notar: “Poco antes de que el Cura de Ars terminase su carrera tan llena de méritos, la Virgen Inmaculada se había aparecido en otra región de Francia a una joven humilde y pura, para comunicarle un mensaje de oración y de penitencia, cuya inmensa resonancia espiritual es bien conocida desde hace un siglo. En realidad, la vida de este sacerdote cuya memoria celebramos, era anticipadamente una viva ilustración de las grandes verdades sobrenaturales enseñadas a la vidente de Massabielle. Él mismo sentía una devoción vivísima hacia la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen; él, que ya en 1836 había consagrado su parroquia a María concebida sin pecado, y que con tanta fe y alegría había de acoger la definición dogmática de 1854” El Santo Cura de Ars recordaba siempre a sus fieles que “Jesucristo, cuando nos dio todo lo que nos podía dar, quiso hacernos herederos de lo más precioso que tenía, es decir de su Santa Madre”

Confío este Año Sacerdotal a la Santísima Virgen María, pidiéndole que

suscite en cada presbítero un generoso y renovado impulso de los ideales de total donación a Cristo y a la Iglesia que inspiraron el pensamiento y la tarea del Santo Cura de Ars. Con su ferviente vida de oración y su apasionado amor a Jesús crucificado, Juan María Vianney alimentó su entrega cotidiana sin reservas a Dios y a la Iglesia. Que su ejemplo fomente en los sacerdotes el testimonio de unidad con el Obispo, entre ellos y con los laicos, tan necesario hoy como siempre. A pesar del mal que hay en el mundo, conservan siempre su actualidad las palabras de Cristo a sus discípulos en el Cenáculo: “En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo” (Jn 16, 33). La fe en el Maestro divino nos da la fuerza para mirar con confianza el futuro. Queridos sacerdotes, Cristo cuenta con vosotros. A ejemplo del Santo Cura de Ars, deaos conquistar por Él y seréis también vosotros, en el mundo de hoy, mensajeros de esperanza, reconciliación y paz.

Con mi bendición.

Vaticano, 16 de junio de 2009 .

Benedictus PP XVI

Anexos sobre el Año Sacerdotal

Carta del Prefecto de la Congregación para el Clero

El Año Sacerdotal, promulgado por nuestro amado papa Benedicto XVI, para celebrar el 150. aniversario de la muerte de San Juan María Bautista Vianney, el santo cura de Ars, está a punto de comenzar. Lo abrirá el Santo Padre el 19 de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y de la Jornada Mundial de Oración para la santificación de los sacerdotes.

El anuncio de este año especial ha tenido una repercusión mundial eminentemente positiva, en especial entre los mismos sacerdotes. Todos queremos empeñarnos, con determinación, profundidad y fervor, a fin de que sea un año ampliamente celebrado en todo el mundo, en las diócesis, en las parroquias y en las comunidades locales con toda su grandeza y con la calurosa participación de nuestro pueblo católico, que sin duda ama a sus sacerdotes y los quiere ver felices, santos y llenos de alegría en su diario quehacer apostólico.

Deberá ser un año positivo y propositivo en el que la Iglesia quiere decir, sobre todo a los sacerdotes, pero también a todos los cristianos, a la sociedad mundial, mediante los 'mass media' globales, que está orgullosa de sus sacerdotes, que los ama y que los venera, que los admira y que reconoce con gratitud su trabajo pastoral y su testimonio de vida. Verdaderamente los sacerdotes son importantes no sólo por cuanto hacen sino, sobre todo, por aquello que son. Al mismo tiempo, es verdad que a algunos se les ha visto implicados en graves problemas y situaciones delictivas. Obviamente es necesario continuar la investigación, juzgarles debidamente e infligirles la pena merecida. Sin embargo, estos casos son un porcentaje muy pequeño en comparación con el número total del clero.

La inmensa mayoría de sacerdotes son personas dignísimas, dedicadas al ministerio, hombres de oración y de caridad pastoral, que consuman su total existencia en actuar la propia vocación y misión y, en tantas ocasiones, con grandes sacrificios personales, pero siempre con un amor auténtico a Jesucristo, a la Iglesia y al pueblo; solidarios con los pobres y con quienes sufren.

Es por eso que la Iglesia se muestra orgullosa de sus sacerdotes esparcidos por el mundo.

Este año debe ser una ocasión para un periodo de intensa profundización de la identidad sacerdotal, de la teología sobre el sacerdocio católico y del sentido extraordinario de la vocación y de la misión de los sacerdotes en la Iglesia y en la sociedad.

Para todo eso será necesario organizar encuentros de estudio, jornadas de reflexión, ejercicios espirituales específicos, conferencias y semanas teológicas en nuestras facultades eclesíásticas, además de estudios científicos y sus respectivas publicaciones.

El Santo Padre, en su discurso de promulgación durante la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero, el 16 de marzo pasado, dijo que con este año especial se quiere “favorecer esta tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual de la cual depende, sobre todo, la eficacia del ministerio”. Especialmente por eso debe ser un año de oración de los sacerdotes, con los sacerdotes y por los sacerdotes; un año de renovación de la espiritualidad del presbiterio y de cada uno de los presbíteros. En el referido contexto, la Eucaristía se presenta como el centro de la espiritualidad sacerdotal. La adoración eucarística para la santificación de los sacerdotes y la maternidad espiritual de las religiosas, de las mujeres consagradas y de las mujeres laicas hacia cada uno de los presbíteros, como propuesto ya desde hace algún tiempo por la Congregación para el Clero, podría desarrollarse con mejores frutos de santificación.

Sea también un año en el que se examinen las condiciones concretas y el sustento material en el que viven nuestros sacerdotes, en algunos casos obligados a subsistir en situaciones de dura pobreza.

Sea, al mismo tiempo, un año de celebraciones religiosas y públicas que conduzcan al pueblo, a las comunidades católicas locales, a rezar, a meditar, a festejar y a presentar el justo homenaje a sus sacerdotes. La fiesta de la comunidad eclesial es una expresión muy cordial, que exprime y alimenta la alegría cristiana, que brota de la certeza de que Dios nos ama y que hace fiesta con nosotros. Será una oportunidad para acentuar la comunión y la amistad de los sacerdotes con las comunidades a su cargo.

Otros muchos aspectos e iniciativas podrían enumerarse con el fin de enriquecer el Año Sacerdotal. Al respecto, deberá intervenir la justa creatividad de las iglesias locales.

Es por eso que en cada Conferencia Episcopal, en cada diócesis o parroquia, o en cada comunidad eclesial se establezca lo más pronto posible un verdadero y propio programa para este año especial. Obviamente será muy importante comenzar este año con una celebración significativa. En el mismo día de apertura del Año Sacerdotal, el 19 de junio, con el Santo Padre en Roma, se invita a las iglesias locales a participar en el modo más conveniente, a dicha inauguración con un acto litúrgico específico y festivo. Serán bien recibidos todos aquellos que, en ocasión de la apertura, podrán estar presentes, con el fin de manifestar la propia participación a esta feliz iniciativa del Papa.

Sin duda Dios bendecirá este esfuerzo con grande amor y la Virgen María, Reina del Clero, intercederá por todos nosotros, queridos sacerdotes.

Claudio Humes,
Prefecto de la Congregación para el Clero

Fidelidad de Cristo, fidelidad del Sacerdote

*El lunes 16 de marzo la Santa Sede comunicó la decisión del Papa **Benedicto XVI** de convocar un Año Sacerdotal en el contexto del 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, **San Juan María Vianney**. El Año Sacerdotal comienza el viernes 19 de junio de 2009, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús y jornada de oración mundial por la santificación de los sacerdotes. Su clausura será el 19 de junio de 2010.*

La convocatoria

“Con ocasión del 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, San Juan María Vianney, Su Santidad ha anunciado esta mañana –decía la nota de prensa de la Santa Sede del pasado 16 de marzo– que, del 19 de junio de 2009 al 19 de junio de 2010, se celebrará un especial Año Sacerdotal, que tendrá como tema “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”. El Santo Padre lo abrirá presidiendo la celebración de las vísperas, el 19 de junio solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús y jornada de santificación sacerdotal, en presencia de la reliquia del Cura de Ars traída por el obispo de Belley-Ars; lo cerrará, el 19 de junio de 2010, tomando parte en un Encuentro Mundial Sacerdotal en la Plaza de San Pedro.

Durante este Año Jubilar, Benedicto XVI proclamará a San Juan María Vianney patrono de todos los sacerdotes del mundo. Se publicará además el Directorio para los Confesores y Directores Espirituales, junto con una recopilación de textos del Sumo Pontífice sobre los temas esenciales de la vida y de la misión sacerdotal en la época actual.

La Congregación para el Clero, de acuerdo con los ordinarios diocesanos y los superiores de los Institutos religiosos, se preocupará de promover y coordinar las diversas iniciativas espirituales y pastorales que se presenten para hacer percibir cada vez más la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea, como también la necesidad de potenciar la formación permanente de los sacerdotes ligándola a la de los seminaristas”.

Indulgencias y gracias especiales en este Año

Con fecha 12 de mayo de 2009, la Santa Sede informó de las indulgencias y gracias especiales que acompañarán al Año Sacerdotal a sacerdotes y fieles, que realicen unos determinados ejercicios de piedad. El decreto, expedido por la Penitenciaría Apostólica, explica detalladamente las modalidades para la obtención de las indulgencias.

En primer lugar, podrán obtener la indulgencia plenaria los sacerdotes que “arrepentidos de corazón”, recen cualquier día los Laudes o Vísperas ante el Santísimo Sacramento expuesto a la adoración pública o en el sagrario y, siguiendo el ejemplo de San Juan María Vianney, se ofrezcan para celebrar los sacramentos, sobre todo la Confesión, “con espíritu generoso y dispuesto”.

El texto señala que los sacerdotes podrán beneficiarse de la indulgencia plenaria aplicable a otros sacerdotes difuntos como sufragio, si en conformidad con las disposiciones vigentes se confiesan, comulgan y rezan por las intenciones del Papa.

También recibirán indulgencia parcial, siempre aplicable a los hermanos en el sacerdocio difuntos, “cada vez que recen oraciones debidamente aprobadas para llevar una vida santa y cumplir los oficios que se les han confiado”.

Por otra parte, todos los cristianos podrán beneficiarse de la indulgencia plenaria siempre que “arrepentidos de corazón” asistan a la santa misa y ofrezcan por los sacerdotes de la Iglesia oraciones a Jesucristo y cualquier obra buena.

Todo ello complementado con el sacramento de la confesión y la oración por las intenciones del Papa “los días en que se abre y se clausura el Año Sacerdotal, el día del 150 aniversario de la muerte de San Juan María Vianney, los primeros jueves de mes o cualquier otro día establecido por los ordinarios de los lugares para la utilidad de los fieles”.

Los ancianos, los enfermos y todos aquellos que por motivos legítimos no puedan salir de casa, también podrán obtener la indulgencia plenaria, si con ánimo alejado del pecado y el propósito de cumplir las tres condiciones necesarias tan pronto como les sea posible, “en los días indicados rezan por la san-

tificación de los sacerdotes y ofrecen a Dios por medio de María, Reina de los Apóstoles, sus enfermedades y sufrimientos”.

El decreto indica que se concederá la indulgencia parcial a todos los fieles cada vez que recen cinco Padrenuestros, Ave Marías y Glorias, y otra oración debidamente aprobada “en honor del Sagrado Corazón de Jesús para que los sacerdotes se conserven en pureza y santidad de vida”.

El texto señala que el Santo Cura de Ars “aquí en la tierra fue un maravilloso modelo de verdadero pastor de la grey de Cristo”. También destaca que las indulgencias pueden ayudar a los sacerdotes, junto con la oración y las buenas obras, a obtener “la gracia de resplandecer con la fe, la esperanza, la caridad y las demás virtudes” y “mostrar con su conducta de vida, también con su aspecto exterior, que están plenamente dedicados al bien espiritual de la gente”.

Conversión, comunión, misión

El arzobispo Mauro Piacenza, secretario de la Congregación del Clero , resume en los siguientes pensamientos las claves internas de este Año Sacerdotal. La primera de ellas es la conversión: “¿A qué debemos convertirnos? Conversión para ser siempre más auténticamente aquello que somos, conversión hacia nuestra identidad eclesial para un ministerio que sea absolutamente consecuente con dicha identidad, con el fin de que una renovada y alegre conciencia de nuestro “ser” determine nuestro “hacer”, o mejor ofrezca el espacio a Cristo, Buen Pastor, para que El pueda vivir dentro de nosotros y actuar a través de nosotros.

Convertirse, sí, cada día para que el estilo de vida de Cristo sea cada vez más el estilo de cada uno de nosotros. Debemos ser para los hombres, debemos comprometernos a vivir en comunión con el santo y divino amor con la gente; un amor que da la vida (he aquí presente la riqueza del sagrado celibato), que obliga a la solidaridad auténtica con los que sufren y con los pobres de toda pobreza.

Debemos ser obreros para la construcción de la única Iglesia de Cristo por lo cual debemos vivir fielmente la comunión de amor con el Papa, con los

obispos, con los hermanos sacerdotes y con los fieles. Debemos vivir la comunión como camino jamás interrumpido de la Iglesia en el interior del Cuerpo místico”.

El Santo Cura de Ars

Juan María Bautista Vianney, el Santo Cura de Ars, nació en Dardilly, cerca de Lyon (Francia), el 8 de mayo de 1786. Falleció en Ars el 4 de agosto de 1859. Era hijo de Matthieu Vianney y Marie Beluze.

En 1806, el cura de Ecully, Maurice Balley, abrió una escuela para aspirantes a eclesiásticos, y Juan María fue enviado a ella. Uno de sus compañeros, Matthias Loras, después primer obispo de Dubuque, le ayudaba en el estudio de la lengua latina, materia cuyo aprendizaje le costaba mucho esfuerzo. Desde primera hora, sobresalió por su piedad.

Antes de la ordenación, el joven Vianney fue llamado a filas para una intervención bélica de Napoleón Bonaparte en España, en plena Guerra de la Independencia. La mañana de la partida, Juan Bautista fue a la Iglesia a rezar, y a su vuelta a los cuarteles encontró que sus camaradas se habían ido ya. Se le amenazó con un arresto, pero el capitán del reclutamiento creyó lo que contaba y lo mandó tras las tropas. A la caída de la noche se encontró con un joven que se ofreció a guiarle hasta sus compañeros, pero le condujo a Noes, donde se habían reunido algunos desertores. El alcalde le persuadió de que se quedara allí, bajo nombre supuesto, como maestro. Después de catorce meses, pudo comunicarse con su familia. Su padre se enfadó al saber que era un desertor y le ordenó que se entregara. La cuestión fue solucionada por su hermano menor que se ofreció a servir en su lugar, oferta que fue aceptada.

Juan María Bautista reanudó entonces sus estudios en Ecully. En 1812 fue enviado al seminario de Verrières, mientras proseguían sus problemas con los estudios. Suspendió el examen de ingreso al seminario, pero en un nuevo examen tres meses más tarde aprobó.

El 13 de agosto de 1815 fue ordenado sacerdote por monseñor Simon, obispo de Grenoble. Fue enviado a Ecully como ayudante del párroco Balley, que había sido la primera persona en reconocer y animar su vocación, quien

le instó a perseverar cuando los obstáculos en su camino le parecían insuperables y que intercedió ante los examinadores cuando suspendió el ingreso en el seminario mayor.

“Ars ya no es Ars”

En 1818, tras la muerte de Balley, Vianney fue nombrado párroco de la pequeña aldea rural de Ars, localidad próxima a Lyon. Algunos años después de llegar a Ars, fundó una especie de orfanato para jóvenes desamparadas. Se le llamó “La Providencia” y fue el modelo de instituciones similares establecidas más tarde por toda Francia. El propio Vianney instruía a las niñas de “La Providencia” en el catecismo, y estas enseñanzas catequéticas llegaron a ser tan populares que al final se daban todos los días en la iglesia a grandes multitudes. “La Providencia” fue la obra favorita del Cura de Ars. Hubo de ser cerrada en 1847.

Con todo, la principal labor del Cura de Ars fue la dirección de almas. No llevaba mucho tiempo en esta localidad cuando la gente empezó a acudir a él de otras parroquias, luego de lugares distantes, más tarde de todas partes de Francia, y finalmente de otros países. Durante los últimos diez años de su vida, pasó de dieciséis a dieciocho horas diarias en el confesionario. Su consejo era buscado por obispos, sacerdotes, religiosos, jóvenes y mujeres con dudas sobre su vocación, pecadores, personas con toda clase de dificultades y enfermos. En 1855, el número de peregrinos había alcanzado los veinte mil al año.

Su dirección espiritual se caracterizaba por el sentido común, su notable perspicacia, y conocimiento sobrenatural. A veces adivinaba pecados no revelados en una confesión imperfecta. Sus instrucciones espirituales eran ofrecidas por Vianney en lenguaje sencillo, lleno de imágenes sacadas de la vida diaria y de escenas campestres, transidas de fe y de amor de Dios.

Los dones extraordinarios y sobrenaturales y los milagros registrados por sus biógrafos son de tres clases. En primer lugar, la obtención de dinero para sus limosnas y alimento para sus huérfanos. En segundo lugar, conocimiento sobrenatural del pasado y del futuro. En tercer lugar, curación de enfermos, especialmente niños. Sin embargo, el mayor milagro de todos fue su vida. Practicó la mortificación desde su primera juventud, y durante cuarenta años su alimentación y su descanso fueron insuficientes, humanamente hablando, para

mantener su vida. Y aun así, trabajaba incesantemente, con inagotable humildad, amabilidad, paciencia, y buen humor.

Nada más fallecer, el 4 de agosto de 1859, se abrió su causa de canonización. Dieciséis años después el 3 de octubre de 1874, el Papa Pío IX reconoció sus virtudes heroicas y su condición de venerable. El 8 de enero de 1905 fue declarado beato por el Pap Pío X. El 31 de mayo de 1925 fue proclamado santo por el Papa Pío XI. Su festividad litúrgica fue establecida para el 4 de agosto, día de su muerte en 1859. Desde su beatificación es el modelo del clero parroquial y rural y desde 1928, su patrono. Desde 2010, por voluntad de Benedicto XVI, lo será de todos los sacerdotes.

20 de junio de 2009

Jesús de las Heras

Director de Ecclesia

Memoria de san Juan María Vianney, el Cura de Ars *(a los 150 años de su muerte)*

Un carisma como el de este humilde sacerdote alrededor del cual vemos concentrados innumerables peregrinos, primero en busca de su excelente labor ministerial y después para venerar su glorioso sepulcro, creo que es un don extraordinario que no ha vuelto a manifestarse de una forma tan intensa y fructífera hasta el caso similar de san Pío de Pietrelcina.

En el sesquicentenario de su glorioso tránsito, ocurrido en 1858, quisiera rememorar algunos datos o aspectos peculiares relativos a su biografía y a su espiritualidad. En primer lugar deseo fijarme en el influjo que pudieron ejercer sobre este santo los acontecimientos de la invasión napoleónica en España, aspecto que sus biógrafos no tuvieron muy en cuenta hasta que le prestó alguna atención el obispo de Belley, monseñor René Fourrey, en su excelente obra titulada *Juan María Vianney, Cura de Ars. Vida auténtica*, en la que logra ofrecer una visión más amplia y sugestiva del santo patrono de todos los párrocos.

Este influjo o conexión lo podemos descubrir en los episodios, relacionados con su condición de desertor del ejército, ocurridos entre 1809 y 1811. Cuando Juan María Vianney estaba estudiando latín guiado por el párroco de Ecully, Balley, no figuró en las listas de seminaristas en 1809 y por eso fue llamado a incorporarse a filas en el ejército napoleónico. El 28 de octubre se presentó en el lugar de reclutamiento, pero estando enfermo y con fiebre fue hospitalizado en Lyon, donde permaneció dieciséis días. Habiéndole desaparecido la calentura el 13 de noviembre, el oficial de reclutamiento, capitán Blanchart, dispuso que el recluta convaleciente se incorporara a su batallón, si bien le reservaron un puesto en una de las carretas del convoy.

Como pronto el soldado Vianney se vió atacado de nuevo por la fiebre, se le hubo de internar en el hospital de Roanne, en el cual fue atendido hasta el 6 de enero de 1810. Allí fueron a visitarle su hermano mayor Francisco, así como su padre y su madre, la cual después de suplicar a las religiosas del establecimiento que el cuidaran maternalmente, se depidió de su hijo con harta preocupación, pero él era más bien el que consolaba a los suyos inculcándoles la confianza en Dios. Las religiosas agustinas ya desde un primer momento se dieron cuenta de la piedad del joven y le atendieron con mucha caridad y prodigándole los consejos que les parecían mejores.

El 5 de enero se dirigió hacia la oficina militar para recibir la orden de incorporación al regimiento, pero al llegar encontró ya cerradas las puertas. Se había detenido durante algún tiempo en una iglesia implorando el auxilio divino. Al día siguiente, fiesta de la Epifanía, se hubo de poner en camino yendo solo y a pie. Habiéndose detenido a fin de recuperar fuerzas, se encontró con otro joven, al cual, según parece, había ya encontrado en el hospital. Era un prófugo que le incitó a seguir sus pasos e internarse en la región boscosa de la Madeleine donde no pocos desertores hallaban refugio. Así lo hizo el fatigado caminante, el futuro Cura de Ars, quien, según atestigua Catalina Lassagne, lo recordaba diciendo: “El cogió mi saco, que era muy pesado y me dijo que le siguiera. Anduvimos durante mucho tiempo a través de bosques y montañas, yo estaba fatigado y me costaba mucho trabajo seguirle”.

Han corrido dos versiones acerca de estos hechos. En la más común hasta ahora se considera a Vianney como forzado a desertar, o sea, como quien estando en apuros se deja llevar, casi sin darse cuenta de la peligrosa situación en la que se está colocando. Otra explicación es la que considera al desertor como consciente de la postura que adopta y a la que se siente impulsado por razones de conciencia y de fidelidad a motivaciones de un auténtico sentido católico.

El concordato de Napoleón con Pío VII en 1801 había significado un notable cambio respecto de las condiciones precarias en las que se había encontrado el catolicismo francés por causa de la revolución y de la implantación de una iglesia nacional con un clero juramentado. Pero después la situación se volvió a complicar por la actitud del emperador, que había invadido los estados pontificios. El 2 de febrero de 1808 fue ocupada la ciudad de Roma. A pesar de que el Papa se hallaba ya casi como prisionero en el palacio del Quirinal, no dudó en excomulgar a Napoleón y a sus colaboradores, apareciendo la bula correspondiente fijada en las puertas de las basílicas romanas el 10 de junio de 1809. En la noche del 5 de julio el Papa fue apresado y conducido a Francia. Los católicos franceses más fieles a la Iglesia quedaron consternados.

Especialmente en Lyon y en todo el departamento del Ródano, donde se mantenían unos sentimientos tradicionales y de fiel adhesión a la dinastía borbónica, resultaba muy intenso el rechazo hacia las pretensiones napoleónicas. Desagradaba también profundamente a numerosas personas de convicciones cristianas la invasión napoleónica de España, donde muchos sacerdotes y otros ciudadanos franceses habían hallado amparo y protección durante el terror

revolucionario. No es extraño, pues, que por razón de tales convicciones se despertaran iniciativas de rechazo y una gran oposición a tomar parte en las campañas bélicas que se estaban llevando a cabo en territorio español.

El joven recluta Juan María Vianney, aunque pudiera sentirse vacilante respecto de la actitud que podía tomar en una situación tan comprometida como la suya, participaba sin duda del rechazo hacia los planes del Emperador de los franceses, y nos consta que recibió consejos e insinuaciones que le llevaron a su situación de desertor del ejército. Las religiosas del hospital de Roanne aconsejaban al seminarista llamado a filas que dejara de incorporarse a su regimiento. Ellas comentaban entre sí. “Jamás este joven podrá cumplir con la milicia. Sucumbirá camino de España”, y compasivamente le aconsejaban que no se incorporase al regimiento, prometiéndole incluso que le proporcionarían donde esconderse.

Probablemente también su formador, el párroco de Ecully, que acudió a visitar a Juan María en el hospital, debió mostrarse favorable a que procurara desertar del ejército. Cuando se hubo producido la desaparición del soldado Vianney, el venerado sacerdote no dudaba, en efecto, en decir a la angustiada madre. “No sufráis por vuestro hijo. No está muerto ni enfermo. Será sacerdote”.

Jerónimo Fayot, uno de los hijos de la viuda que le protegió y albergó en su casa cuando era prófugo, presenta en el proceso de beatificación un testimonio convincente acerca de cómo Juan María se convirtió en desertor: “J. M. Vianney cayó enfermo a su llegada a Roanne. Cuando se restableció le dieron una hoja de viaje para que pudiese incorporarse al cuerpo militar que le correspondía; se encontraba en compañía de un individuo llamado Guy, de Saint-Priest-la-Prugne, soldado como él. Juntos decidieron no incorporarse. J. M. Vianney expuso sus temores de ser detenido, Guy le dio seguridad diciéndole: “Conozco el país; hay muchos bosques, encontraremos donde escondernos y trabajar; sígueme sin temor”. Guy, que se había encargado de llevar el saco, porque J. M. Vianney estaba débil, le condujo directamente al pueblo de Robin, en la comuna de Noës”.

Otro memorialista, el abate Juan Francisco Renard, natural de Ars y que celebró su primera misa en la parroquia el 7 de mayo de 1820 asistido muy cordialmente por el santo, en sus escritos se refiere al episodio de la deserción del joven Vianney, le atribuye también el propósito de no incorporarse, y el abate Monnin habla de las dudas de conciencia que le atormentaban, respecto de que

el participar en las campañas napoleónicas pudiera ser algo opuesto a la divina voluntad. De modo semejante se manifiesta en el proceso de beatificación la señora Colombe Bibost de Ecully. Pero el testimonio más valioso a ese respecto es sin duda el ya mencionado de Jerónimo Fayot, el cual gozaba de una fiable información acerca de este asunto. El párroco que Juan María encontró en el lugar donde estuvo refugiado durante catorce meses, Jacques Jacquet, era un sacerdote ejemplar, con cuyo trato el espíritu del joven desertor encontró serenidad y equilibrio emocional, a pesar de la inquietud que sentía al pensar en las consecuencias que su desertión significaron para su familia.

De la estancia en Nöes conservó siempre el Cura de Ars un recuerdo que podríamos calificar de agrí dulce. Por una parte encontró gran aprecio y ayuda entre la gente del pueblo, muy cristiana y sumamente amable para con él. Cuando se despidió de los vecinos, ellos le colmaron de obsequios y le manifestaron los mejores augurios. Años después seguían recordándole con afecto y admiración. Él por su parte, no podía olvidar los sinsabores de su familia y el disgusto que especialmente afectó a su padre, que hubo de sufrir en su hacienda las represalias de la autoridad militar. Por eso el joven Vianney se refirió al tiempo de permanencia en Noës como una “época de tristeza y abatimiento”.

Siempre, sin embargo, y sobre todo con el paso del tiempo prevalecían los buenos recuerdos de la amable acogida que se le dispensó en el pueblo y sobre todo en la casa de la viuda Fayot, a la que él siempre designó como una buena madre. A veces en sus catequesis hablaba con naturalidad de cuando había sido prófugo, sin ninguna clase de disgusto por haber tomado tal decisión. En todo ello podemos además descubrir la mano de la Providencia divina, concepto teológico tan estimado del Cura de Ars. Muy distintas podrían haber sido las consecuencias si él se hubiera visto implicado en la invasión a España, en la que abundaron tanto las crueldades, así como los sinsabores del pueblo y de los ejércitos. ¡Cuán tristes habrían sido en tal caso las experiencias del bondadoso Juan María, el futuro Cura de Ars!

La caridad pastoral más heroica, y una íntima unión con el Señor, de todo lo cual derivaban su celo y su excelsa virtud, son las preciosas características de su eximia santidad. Recordemos sólo algunos rasgos de su espiritualidad y de su labor sacerdotal, así como ciertas manifestaciones de testigos que ponen de relieve el fulgor que inundaba su alma.

Su **espíritu de oración** derivaba del sentirse continuamente unido al

Señor. Muchas horas dedicó exclusivamente a la contemplación mientras pudo disponer de tiempo para ello. Esto le condujo a una constante inmersión en la presencia y en el amor de Dios que experimentaba sin dejar de atender al ejercicio de su ministerio sacerdotal. No cesaba, sin embargo, de recordar y añorar a ese respecto épocas pasadas. “Si ahora que guardo almas –decía ingenuamente– tuviera tiempo de pensar en la mía, de rezar y meditar como cuando labraba las tierras de mi padre, ¡cuán grande sería mi dicha!”.

Un abogado de Lyon, amigo del famoso orador sagrado Lacordaire, habiendo visto rezar al humilde Cura de Ars, quedó tan impresionado que pudo escribir: “Su boca parecía saborear lo que su espíritu penetraba; sus ojos aparecían iluminados y brillantes. Hubiérase dicho que respiraba un aire más puro que el de la tierra y que, desligado de los ruidos del mundo, no oía otras palabras que las del Espíritu Santo”.

El **misterio de la Eucaristía** llenaba de santo ardor los labios del Cura de Ars. Predicando un Jueves Santo a sus feligreses les decía: “Vemos que al obrar Jesús el gran milagro, elevó sus ojos al cielo para dar gracias a su Padre celestial, con lo cual quiso mostrarnos cuánto deseaba la llegada de aquel momento tan dichoso para nosotros, y nos dió con ello prueba de la grandeza de su amor. Si, hijos míos, les dijo el divino Salvador a los apóstoles, mi Sangre desea con impaciencia ser derramada por vosotros; mi Cuerpo arde en deseos de ser desgarrado para curar vuestras llagas...”. Una de sus colaboradoras, Juana María Chanay declaraba: “Los que tuvieron la dicha de oír su misa, notaron la transfiguración que entonces se producía en toda su persona. Él mismo lo sabía, de modo que solía recomendar a las huérfanas de la *Providencia* que no mirasen al sacerdote cuando estaba en el altar”.

La fiesta del Corpus era una de las más apreciadas por el Cura de Ars y cuidada de celebrarla con singular esplendor. En un sermón se expresaba a ese respecto diciendo: “La procesión del Corpus Christi tiene por objeto celebrar el triunfo que Jesucristo ha hecho alcanzar a la Iglesia sobre sus enemigos que niegan la presencia real en el adorable Sacramento y, al mismo tiempo, hacer que se rinda el homenaje debido a Jesús en este Sacramento de amor. Es la más augusta de todas las procesiones, ya que va presidida por el mismo Jesucristo en persona. ¡Oh! ¡si fuésemos capaces de comprenderlo! ¡cuál debería ser nuestro respeto y amor en aquel momento feliz, toda vez que en él tenemos la misma suerte de aquellos que seguían al Salvador mientras anduvo por la tierra!”.

La **espiritualidad del Corazón de Jesús** en tiempos del Cura de Ars todavía no estaba tan divulgada como lo estaría posteriormente. Solo unos dos años antes de su muerte Pío IX extendió la fiesta del Sagrado Corazón a toda la Iglesia. Parece, sin embargo, que en Ars se celebraba el domingo después del Corpus, como lo había dispuesto en toda la diócesis de Lyon el arzobispo Neuville en 1718 y el que era párroco de Ars en 1727 aseguraba que la feligresía había puesto mucho interés en esa celebración. Es de creer que el santo supo conservar y renovar el fervor y el cultivo de esa espiritualidad.

Monseñor Trochu nos informa sobre un significativo diálogo entre un sacerdote y el Cura de Ars. Aquél le preguntaba:

- ¿Tuvo usted buen viaje, el sábado último por la tarde al regresar a su parroquia?

- Excelente en verdad, y uno de los más agradables de mi vida –respondió el Sr. Vianney–.

- No obstante, hacía un frío tremendo –replicó el otro–.

Y el Cura de Ars contestó:

- Yo me calentaba pensando en la gran hoguera del amor que arde en el corazón de Dios.

Un admirador del Cura de Ars, el señor Faure de la Bastie, recogió frases y expresiones de las famosas catequesis que el santo impartía ante muchos peregrinos, aunque no se puede asegurar la exactitud de las expresiones empleadas. Entre estos materiales hallamos estas palabras: “El corazón de Jesús es infinitamente bueno. Hay que tener confianza en él; no le gusta el temor. Dios Padre es todo justicia, pero en el corazón de Cristo no hay más que amor”.

Evidentemente, lo que el Cura de Ars quería inculcar es el insondable misterio de los atributos divinos de justicia y misericordia, que no se oponen entre sí.

Francisco Trochu, biógrafo y benemérito investigador acerca del Cura de Ars en referencia al lugar que ocupa **la Virgen** en la espiritualidad del cura de Ars, se expresa de esta manera: “A María la han amado todos los santos; sin embargo, a nuestro parecer, pocos han podido aventajar en esto a san Juan María Vianney”: Calro indicio de su devoción mariana son las costumbres piadosas que inculcó a sus feligreses; la cofradía del Rosario con la que inició eficazmente el cambio de actitud de muchas personas en cuanto a su vida de pie-

dad y buenas costumbres; la peregrinación masiva de la parroquia al santuario de Nuestra Señora de Fourvière en agosto de 1823; la colocación de una bella y artística imagen de María en la capilla de la parroquia, con un corazón de plata dorada junto al que colocó una lista de todos los habitantes del pueblo, lo cual se realizó con gran emoción y piedad el 1º de mayo de 1836. Acerca de los favores y apariciones de la Virgen al Santo hay muchos y valiosos testimonios de personas dignas de todo crédito. Muy grande fue el gozo de Juan María Vianney el 8 de diciembre de 1854, día en que el papa Pío IX definió solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción. Él celebró el acontecimiento en Ars con mucho esplendor, revestido de una nueva y preciosa casulla de color azul.

Predicando en una fiesta de la Asunción decía el santo Cura de Ars: “Jamás comprenderemos totalmente las grandezas de María, ni el poder que Jesús su divino Hijo le concedió; jamás llegaremos a penetrar el gran deseo que Ella siente de hacernos felices. Ella nos ama como a hijos; ella se siente gozosa del poder que Dios le ha dado, porque con él puede sernos más útil. Sí, María es nuestra mediadora; ella es quien presenta a su divino Hijo nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nuestros suspiros; Ella la que atrae sobre nosotros las gracias que nos son necesarias para nuestra salvación”.

Signo de la renovación religiosa obrada en Ars gracias a la devoción mariana inculcada por san Juan María Vianney es lo que narraban los que fueron testigos del progreso de la vida piadosa del pueblo: “Era de ver en Ars, los días laborables, como andaban los hombres, con el rosario entre los dedos, al frente de sus yuntas. Por la noche, la campana tocaba a oración. Todos lo que podían entraban en la iglesia y los que tenían que quedarse en casa se arrodillaban delante de las imágenes; todos los hogares eran, en aquella hora de paz, una continuación del altar”. Y en referencia al rezo del *Angelus* decían: “Cuando las tres campanadas resonaban por el el valle y se dejaban oír por las mildes colinas, cesaba el trabajo, los hombres se descubrían, las mujeres juntaban las manos y todos rezaban las oraciones prescritas”.

(Cristiandad , mayo 2009)

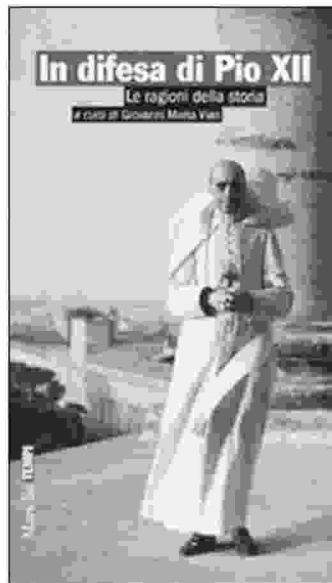
“EN DEFENSA DE PÍO XII - LAS RAZONES DE LA HISTORIA”

CIUDAD DEL VATICANO. *Por gentil concesión del Autor, publicamos la introducción al libro “En defensa de Pío XII – Las razones de la historia” , escrito por el Director de L’Osservatore Romano, Giovanni Maria Vian (ediciones Marsilio).*

¿Pío XII? Un Papa lejano, de rasgos tan desteñidos que ya no se reconocen o, en alternativa, de contornos demasiado cargados, deformados por una representación polémica tan áspera y persistente que oscurece la realidad histórica. Es esta la imagen que hoy prevalece de Eugenio Pacelli, elegido a la sede de Pedro en la vigilia de la última guerra mundial. Destino singular para el primer Pontífice Romano que, siguiendo el camino abierto por su predecesor, llegó a ser popular y realmente visible en todo el mundo. Gracias a la incipiente y tumultuosa modernidad, también de la comunicación, que el papa de Roma quiso y supo utilizar: desde los repetidos viajes – que lo llevaron a Europa y América como diplomático y secretario de Estado – hasta el nuevo género de los radiomensajes, desde las grandes manifestaciones públicas hasta las portadas de las revistas, desde el cine hasta un medio apenas en sus albores y destinado a un gran éxito como era la televisión. Destino aún más singular si se piensa en la autoridad que generalmente se le reconocía en vida y a los juicios positivos casi unánimes que en 1958, hace medio siglo, acompañaron su partida.

¿Cómo ha sido entonces posible un cambio semejante de imagen, que se verificó además en pocos años, más o menos a partir de 1963? Los motivos son principalmente dos. El primero reside en las difíciles opciones políticas realizadas por Pío XII desde el exordio de su pontificado, luego durante la tragedia bélica, y finalmente durante la guerra fría. La línea asumida en los años del conflicto por el Papa y la Santa Sede, contra los totalitarismos, pero tradicionalmente neutral, en los hechos fue en cambio favorable a la alianza antihitleriana y se caracterizó por un esfuerzo humanitario sin precedentes, que salvó muchísimas vidas humanas. Esta línea fue con todo anticomunista, y por esto, ya durante la guerra, el papa comenzó a ser considerado por la propaganda soviética como cómplice del nazismo y de sus horrores. La segunda razón fue la llegada de su sucesor, Angelo Giuseppe Roncalli. Éste, descrito ya mucho antes del cónclave como candidato (y, una vez elegido, como Papa) «de transición», en razón sobre todo de su edad avanzada, fue saludado inmediatamente como «el Papa bueno», y contrapuesto cada vez más sin matices a su predecesor: por su carácter y estilo radicalmente diversos, pero también por la decisión inesperada y clamorosa de convocar un concilio.

Los elementos principales que explican el cambio de la imagen de Papa Pacelli son por lo tanto la opción anticomunista de Pío XII y la contraposición con Juan XXIII. Contraposición que fue acentuada sobre todo después de la muerte de este último y la elección de Giovanni Battista Montini (Pablo VI), entre otras cosas porque fue favorecida por la polarización de los contrastes, durante el Vaticano II, entre conservadores y progresistas, que transformaron en símbolos contrapuestos a los dos papas fallecidos. Entre tanto, tuvo un papel decisivo el drama *Der Stellvertreter* («El vicario») de Rolf Hochhuth, representado por primera vez en Berlín el 20 de Febrero de 1963, y basado completamente en el silencio de un papa presentado como indiferente ante la persecución y el exterminio de los judíos.



Ante la extensión de la polémica en Inglaterra, salió el Cardenal Montini a la defensa de Pío XII – que fue estrecho colaborador de Pacelli – con una carta en la revista católica «The Tablet» que llegó a la redacción el día de su elección al Pontificado, el 21 de Junio, y fue publicada también en «L'Osservatore Romano» del 29 de Junio: «Una actitud de condena y de protesta, como el que se le reprocha al Papa no haber adoptado, habría sido, además de inútil, dañino; esto es todo». Severa, y marcada por palabras escogidas atentamente, la conclusión de Montini: «No se juega con estos argumentos y con personajes históricos que conocemos, con la fantasía creadora de artistas de teatro, no suficientemente dotados de discernimiento histórico y, no lo quiera Dios, de honestidad humana. Porque de otro modo, en el caso presente, el drama verdadero sería otro: el de quien busca cargar sobre un Papa, extremadamente consciente del propio deber y de la realidad histórica, y además un Amigo, imparcial, sí, pero muy fiel del pueblo germánico, los horribles crímenes del Nazismo alemán. Pío XII tendrá igualmente el mérito de haber sido un “Vicario” de Cristo, que ha tratado de cumplir con valentía e integridad, como podía, su misión; ¿pero se podrá adscribir a mérito de la cultura y del arte una semejanza injusticia teatral?».

Como Papa, Montini volvió a hablar en numerosas ocasiones de Pacelli, de quien defendió la labor de paz y la «venerable memoria» el 5 de Enero de 1964, despidiéndose en Jerusalén del presidente israelí, mientras en el sagrario dedicado a las víctimas de la persecución nazi el Cardenal Decano Eugène Tisserant encendía seis velas en recuerdo de los millones de hebreos exterminados. Cuando «Pablo puso pie en tierra israelí, aquella que fue la etapa más significativa y “revolucionaria” de su misión palestina, todos lo advirtieron» – recordó Giovanni Spadolini en «il Resto del Carlino» del 18 de Febrero de 1965, luego de las primeras representaciones en Roma del drama de Hochhuth y las consiguientes encendidas polémicas – «a las que el Pontífice pretendía responder, desde el corazón mismo del ardor nacional hebreo, a los sistemáticos ataques del mundo comunista que incluso en el corazón de algunos católicos encontraban complicidad y condescendencia». Para el historiador laico era clarísimo el rol de la propaganda comunista en la mitificación negativa de Pacelli, con la conciencia de que en la representación pública de las décadas sucesivas casi había desaparecido, para dejar el puesto a una instrumental y denigratoria asociación de la figura de Pío XII con la tragedia de la Shoah, frente a la cual supuestamente habría callado o de la que habría sido incluso cómplice.

La cuestión del silencio del Papa de esta manera se hizo preponderante, convirtiéndose frecuentemente en polémica encendida, provocando reacciones defensivas frecuentemente exclusivamente apologéticas, y haciendo más difícil la solución de un real problema histórica. En efecto, de los católicos mismos procedían sospechas y acusaciones por los silencios y la aparente indiferencia de Pío XII frente a las incipientes tragedias y horrores de la guerra: es el caso de Emmanuel Mounier ya en 1939, en las primeras semanas de Pontificado y, más tarde, de exponentes polacos en el exilio. El mismo Pacelli muchas veces se interrogó acerca de su comportamiento, el cual se fundamentó en una decisión consciente y sufrida de buscar la salvación del mayor número posible de vidas humanas, antes que denunciar continuamente el mal con el riesgo real de horrores incluso más grandes. Como subrayó entonces Pablo VI, según el cual Pío XII actuó «según cuanto las circunstancias, medidas por él con intensa y concienzuda reflexión, se lo permitieron», al punto de que no se puede «imputar como maldad, desinterés, o egoísmo del Papa, el que desastres sin número y sin medida devastaran a la humanidad. Quien sostuviese lo contrario, ofendería la verdad y la justicia» (12 de Marzo de 1964); Pacelli, en efecto, estuvo «del todo ajeno a comportamientos de consciente omisión de cualquier posible intervención cada vez que estuvieran en peligro los valores supremos de la vida y de la libertad del hombre; más aún, osó siempre intentar, en circunstancias concretas y difíciles, cuanto estaba a su alcance para evitar todo gesto deshumano e injusto» (10 de Marzo de 1974).

De esta manera, la interminable guerra sobre el silencio del Papa Pacelli terminó oscureciendo la objetiva relevancia de un pontificado importante, e incluso decisivo en el paso de la última tragedia bélica mundial, pasando por la guerra fría y las dificultades de la reconstrucción, a una nueva época, en cierto modo advertida en el anuncio de la muerte del Pontífice que dio el Cardenal Montini a su diócesis el 10 de Octubre de 1958: «con él termina una era, se cumple una parte de la historia. El reloj del mundo marca una hora cumplida». Una era que comprende los años tenebrosos y dolorosos de la guerra junto a aquellos duros de la postguerra, cuyos rasgos reales se quiso olvidar, junto con el Papa que la había afrontado, inerme. Y pronto se olvidó también su gobierno, atento y eficaz, de un catolicismo que se hacía cada vez más mundial, y su enseñanza imponente e innovadora, que en muchísimos aspectos había preparado el Concilio Vaticano II, del cual, en parte, se retomó el proceso de acercamiento a la modernidad y a su comprensión. Además, a este nudo historio-

gráfico de por sí bastante intrincado – a cuya solución quiso contribuir Pablo VI disponiendo la publicación de los archivos vaticanos de miles de Actas y documentos de la Santa Sede relativos a la segunda guerra mundial, en doce volúmenes a partir de 1965 – se unió el de la causa de canonización. El inicio de ésta, junto a la de Juan XXIII fue anunciado precisamente ese año por Montini durante el Concilio, con el objeto de hacer contrapeso a la contraposición entre dos predecesores y, por ello, al uso instrumentalizado de sus figuras, convertidas casi en símbolos y banderas de tendencias opuestas al catolicismo.

A medio siglo de la muerte de Pío XII (9 de Octubre de 1958) y a setenta años de su elección (2 de Marzo de 1939), parece, sin embargo, que se está formando un nuevo consenso historiográfico sobre la relevancia de la figura y del pontificado de Eugenio Pacelli, el último Papa romano. A este reconocimiento ha querido contribuir *L' Osservatore Romano*, publicando una serie de textos y contribuciones históricas y teológicas, hebreas y católicas, que reelaboran y recogen juntas las intervenciones de S.S. Benedicto XVI y de su Secretario de Estado, el Cardenal Tarcisio Bertone. Reflexionando sobre el caso Pío XII, Paolo Mieli muestra la inconsistencia de la «leyenda negra» y se declara convencido de que los historiadores reconocerán la importancia y la grandeza de Pacelli. Andrea Riccardi sintetiza la formación y la carrera del futuro Papa y reconstruye el significado de su Pontificado. La sensibilidad de la enseñanza teológica de Pío XII frente a la modernidad y a su incidencia en el catolicismo sucesivo son puestas a la luz por Rino Fisichella. Y en los discursos del Papa, Gianfranco Ravasi pone en relieve su mundo cultural. Póstuma, la atormentada evocación de Saúl Israel – escrita durante la devastadora tempestad por la que atravesó el pueblo hebreo, al frágil reparo de un convento romano – expresa la realidad más profunda de la cercanía y de la amistad entre hebreos y cristianos, pero sobre todo la fe en el único Señor que bendice y custodia a todos, «bajo las dos alas donde la vida no ha tenido inicio y no tendrá fin».

(Giovanni Maria Vian, Director de *L'Osservatore Romano*).

TÍTULO: NOVENA EN HONOR DE SAN TELMO, Patrono de la ciudad de Tui, de la Diócesis de Tui Vigo y Protector de los hombres del mar.

AUTOR: Guillermo de Juan Morado, *Canónigo de la S.I.C. de Tui-Vigo*

Los santos son el fruto de la Pascua de Cristo.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo expresa con claridad al tratar sobre el santoral en el año litúrgico. Recogiendo la enseñanza de la constitución *Sacrosanctum Concilium*, afirma: “Cuando la Iglesia, en el ciclo anual, hace memoria de los mártires y los demás santos ‘proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que padecieron con Cristo y han sido glorificados con Él’” (n. 1173). Es verdad que los santos son modelos e intercesores, pero lo son porque en ellos se ha cumplido el misterio pascual; misterio de muerte y de vida, de cruz y de gloria; misterio de tránsito, de paso de este mundo al Padre.

San Telmo

El bienaventurado Pedro González, llamado comúnmente *San Telmo*, que dejó este mundo poco después del Domingo de Resurrección, nos ha mostrado de un modo cercano que Dios está con nosotros para hacernos resucitar a la vida eterna (cf *Dei Verbum* 4). De hecho, aunque el *Martirologio Romano* señala como día de su fiesta el 14 de abril, en la ciudad de Tui y en la diócesis de Tui-Vigo, de las cuales es principal patrono, la solemnidad se celebra el lunes de la segunda semana de Pascua. Se hace así singularmente elocuente la conexión que vincula la santidad de los fieles al misterio pascual.

¿Quién es el bienaventurado Pedro González, a quien veneramos con el nombre de San Telmo? La cronología de su vida terrena es, como la de muchos santos antiguos, imprecisa. Nacido en Frómista (Palencia, España), probablemente en 1190, Pedro González llegó a ser canónigo y deán de la catedral de Palencia. En un determinado momento, cambia la orientación de su vida e ingresa en el convento dominicano de San Pablo, en Palencia. Es ordenado sacerdote y se dedica al ministerio de la predicación. Acompañó, como confesor del Rey y capellán del ejército, a San Fernando en las campañas de reconquista del Sur de España. Dejada esa tarea, se traslada al convento compostelano de Santo Domingo de Bonaval y, teniendo Santiago de Compostela como punto de referencia, se dedica a predicar, sobre todo en Galicia y en el Norte de Portugal. Murió en Tui y los historiadores señalan como fecha más segura de su fallecimiento el mes de abril – quizá el 14 o el 15 - del año 1246.

La existencia de un culto inmemorial a San Telmo es un hecho indiscutible. Un culto que parte del mismo momento de su muerte, que ratificó la fama de santidad que le acompañó en vida. Se le atribuyeron muchos milagros y su devoción se extendió en seguida a numerosos lugares, particularmente de España, de Portugal y de América, además de en la Orden de Predicadores. San Telmo ha sido y es invocado especialmente como protector de las gentes del mar. La confirmación oficial del culto a fray Pedro González – equivalente a una beatificación - la dio el Papa Benedicto XIV el 13 de diciembre de 1741. El Papa Pío IX declaró y confirmó a San Telmo como patrono principal de la diócesis de Tui el 12 de diciembre de 1867.

“Con esta Novena, que escribo por sugerencia de la tudense Cofradía de San Pedro González Telmo, deseo contribuir, aunque sea modestamente, a que, por la intercesión de San Telmo, Dios nuestro Padre nos ilumine con la luz de su gracia en las tempestades de esta vida, para que podamos alcanzar el puerto de la eterna salvación”.